

BIBLIOTECA SELECTA

JOSÉ SALVADOR RAMÓN

Paquito el explorador



27

RAMÓN SOPENA
Provençals 5 BARCELONA



00040653

APROBACIÓN ECLESIASTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIOCESIS DE BARCELONA

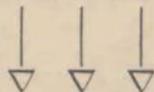
NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTIN MAS FOLCH

Barcelona 25 de febrero de 1918.

IMPRIMASE
EL VICARIO GENERAL,
JUSTINO GUITART

POR MANDADO DE SU SRÍA.,
RAMON M.^a FERRAN
Vicé Canc.

BIBLIOTECA SELECTA



JOSÉ SALVADOR RAMÓN

PAQUITO EL EXPLORADOR

29.135



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97



Derechos reservados.

PAQUITO EL EXPLORADOR

I

En una de las capitales de provincia, el niño Francisco Segura, de 12 años de edad, educábase en un colegio donde se enseñaba desde lo elemental hasta los límites del bachillerato. Perteneía a una familia acomodada de un pueblo de la misma provincia, donde poseían tierras suficientes para, con su explotación por ellos mismos, poder pasar y aun hacer algunos ahorrillos que destinaban a la compra de nuevos terrenos.

Hacía bastante tiempo que habíase fundado en la capital una institución llamada de *Exploradores de España*, muy semejante a las creadas en Inglaterra con el nombre de *boy-scouts*, que habían adquirido universal reputación por sus excelentes resultados. Dicha institución brotó en la mente del general sir Robert Baden-Powell, defensor de Mafeking, sitiado por los bcers, pues, de sus observaciones, dedujo que aquellos hombres adiestrados en todas las manifestaciones de la actividad, acostumbrados a largas caminatas, a desafiar las intemperies del tiempo, a vivir en pleno campo, vigorizando sus miembros con el ejercicio,

aquilatando sus almas templadas con los trabajos vencidos, al tener sólo la mitad del contingente de tropas y armamento que los contrarios, hubieran sido invencibles; todos formados en el patrón de Cronje, podían ser modelo de las generaciones futuras educadas en sus procedimientos. Así, pues, con notoria fortuna, creóse dicha institución en Inglaterra, obteniendo excelentes resultados en todos los países donde se ha instituido.

Paquito entró a formar parte de la institución de Exploradores de España. De sus varias excursiones por el campo y la montaña, tenía una porción de notas, que apuntaba en su carnet, de las observaciones que durante las mismas hiciera. No tenía que pedir a la Naturaleza robustez para su cuerpo que, desarrollado en el campo, aun conservaba en la ciudad la sangre vivificadora que coloreaba sus mejillas de carmín. Sin embargo, compañeros tenía que, llegados del campo a la ciudad, en ella perdieron, antes de entrar en la institución de exploradores, la exuberancia de salud que trajeran y que el estudio con su machaqueo cerebral y las malas condiciones de locales de enseñanza y viviendas, les habían hecho candidatos a la anemia con toda su secuela de enfermedades y dolores. En la sociedad habían ingresado e iban recobrando sus colores perdidos, robusteciendo sus carnes flácidas. En sus excursiones por el monte habían llegado a conocer todas las hierbas con sus virtudes curativas, toda la variedad de la flora silvestre de aquellos sitios y estudiado prácticamente los materiales que se extraen de las montañas con los que el hombre ha creado diversas industrias; y si la tierra, abriendo su seno en plena naturaleza se mostraba pródiga en secretos al mágico conjuro de la palabra del jefe de la excursión, no menos los cielos se mostraban claros a la serena inteligencia de los niños, rememorando en la práctica las ciegas nociones de la teoría. Cuando se tonifican los pulmones, cuando los rayos del sol purifican nuestro cuerpo, cuando la vista se extiende al infinito sin las estrechas paredes del recinto de las escuelas, nuestro ser siente una grata sensa-

ción imposible de describir. La institución de *Exploradores de España* llevando los niños al campo y a la montaña como se llevan los enfermos a los Sanatorios, forma hombres inteligentes y robustos, preparando nuevas generaciones a la demanda del progreso que suele estacionarse cuando no se le nutre con robustas inteligencias capaces de solucionar acertadamente los continuos problemas que se presentan a la investigación humana.

Paquito estaba preparándose para adquirir fuerzas corporales e intelectivas con el fin de aportar el máximum de rendimiento a la colectividad social. Su espíritu de observación se fijaba en todo; una columna de hormigas en marcha subiendo la cuesta en dirección a su morada la seguía como un general revistando las tropas en sus menores detalles; aquí y acullá veía transportar varias mercancías: tan pronto era el cadáver de una avispa medio disecada como el de un abejorro mucho más voluminoso: en la tarea de acarreo iban las mayores reemplazándose, sólo a las pequeñas se las veía por todos lados al parecer sin trabajo, pero Paquito, así como observaba la fuerza de aquellos insectos que con las pinzas de sus boquitas transportaban un peso cuatro veces mayor que el de su cuerpo, debido quizá al continuo ejercicio necesario a sus condiciones de existencia, también comprendía la misión de los pequeñuelos que alentando a los mayores les centuplicaban las fuerzas al par que ellos crecían con el ejemplo. Paquito notó varias veces que cuando uno de aquellos insectos veía un peso superior a sus fuerzas iba en busca de sus compañeros y, con el lenguaje misterioso para los hombres que todos los irracionales tienen en la creación, pedíales ayuda. De todos es sabido que las hormigas tienen su despensa y su granero, así como sus habitaciones por separado, y que, con su instinto maravilloso, para que los granos no germinen los sacan a secar al sol cuando éste dora con sus rayos los ventilados hormigueros, a cuyo efecto suelen remover la tierra con la que los construyen. ¡Cuántas enseñanzas no hay en ese colectivismo universal adoptado por esos pe-

queños insectos que al igual de las abejas pudieran servir de pauta a la humanidad extraviada que no quiere apoyar su base social en las inmutables leyes de la naturaleza!

Paquito no podía discurrir entonces como nosotros lo hacemos ahora, no podía reconocer los extravíos sociales, pero no cabe duda que aquello que el jefe de exploradores le dijera entonces le iniciara muy pronto en los principios de sociología más positivos y naturales que el ingenio crea en su fantasía. Entonces estaba por hacer el «Guía del explorador», y el jefe de los exploradores les enseñaba a medir las distancias de la sombra del palo que llevaban, clavándolo en tierra cuando había sol para conocer la hora, cuya práctica se lograba con la ayuda del reloj de bolsillo. De igual modo aprendían los exploradores el conocimiento de los tiempos teniendo en cuenta las condiciones del clima y fisiología del terreno, lo cual hace que esos estudios deban cotejarse con las varias manifestaciones que se notan y producen un mismo efecto.

Con muchos de los conocimientos apuntados llegó Paquito a su pueblo para pasar las vacaciones, con gran contento de los padres que notaron en su hijo un gran desarrollo en todas sus aptitudes, pues no le arredraban las caminatas largas que hacía yendo a las fiestas de pueblos vecinos, ni tenía pereza para levantarse temprano. Su cuerpo, hecho a todas las molestias de las intemperies, no las sentía; su espíritu, sagaz y despierto, no retrocedía en los propósitos cuando los juzgaba útiles y necesarios; tenía su espíritu un valor moral inconcebible. ¡Qué diferencia de los otros niños del pueblo aun los más adinerados! «¿Por qué—se decía Paquito—no habrá en mi pueblo una sociedad de exploradores dirigida por un maestro de escuela inteligente?»

Paquito se levantaba muy temprano, casi al mismo tiempo que los campesinos marchaban a sus faenas. Lo que nunca olvidaba, aun lejos de la institución de exploradores a que pertenecía, eran los preceptos del Código. Diariamente trataba de hacer una buena obra. Dar limosna no

siempre podía, sobre todo no le parecía obra buena emplear los medios de los otros, así fueran sus padres.

Era en tiempo en que los trigales segados estaban en gavillas amontonadas en las eras para ser trillados. Nada precursaba en el azul del firmamento que pudiera turbar la calma de los campesinos que hacían su labor recibiendo los aplomados rayos solares cantando canciones de su terruño con esas expansiones de alegría con que se animan los pueblos castellanos cuando tienen asegurada la cosecha que sólo falta llevarla del campo al granero.

Paquito notó un descenso brusco en la temperatura y, como le llamara la atención, se puso a observar y vió que en el corral de su casa las cabras retozonas brincaban; aquello era un indicio de cambio de tiempo; echó un papelito al aire y notó con sorpresa que, aunque tenue el viento, había cambiado de dirección, pues por la mañanita soplabá del Sur y entonces del Noroeste; entró en el comedor de su casa, viendo que el reloj de pared señalaba las diez, era en efecto la hora en que los vientos suelen cambiar de dirección; salió después al campo y vió en lontananza, por la parte Noroeste, una bandada de golondrinas que trasponía el cerro de la montaña; no cabía duda, lejos, muy lejos había nubes que refrescaban el viento, que podía retardar su llegada la velocidad mínima con que eran arrastradas. Paquito pensó hacer una obra buena avisando a los mozos y zagalas de la tormenta que se avecinaba, pero unos y otras, después de mirar al cielo azul, se refán del niño y seguían trillando y cantando. Quiso desistir Paquito de avisar como lo hacía de era en era y tornaba a su casa por el camino, cuando vió acercarse en dirección contraria a los dos hijos del tío Nacio, que, después de atender a su padre enfermo, se dirigían con un par de mulas a trillar en la era de su propiedad. El niño, dirigiéndose al mayor, le dijo:

—Oiga, para la noche no tenga las gavillas en la era, porque puede caer un buen chubasco.

—Mocosó, ¿qué sabes tú?—dijo Pedro, que era el aludido.

—Mire, Pedro, hágalo por su padre que está enfermo, se lo dice un niño explorador.

—Mira el cielo; no hay para tales augurios.

—Entonces, ¿quiere apostar algo?



...vió acercarse en dirección contraria a los dos hijos del tío Nacio... (Pág. 9.)

—Lo que tú quieras.

—Diez medidas de trigo contra el importe de ellas.

—¿Quién me las pagaría?

—Mi padre, que puede.

—¿Palabra de honor?

—Palabra. Sólo deseo una condición.

—¿Que si no llueve no me pagas?

—No; que le pagaré sonante, se lo aseguro.

—Pues dime la condición.

—Que retire el trigo de la era

—¿No sabes el trabajo que eso supone?

—Mucho menos que la pérdida.

—Vaya con el mocoso; pero te advierto que te cobro el valor de las diez medidas.

Y, convenida la apuesta, Pedro y su hermano siguieron su camino, y Paquito el de su casa, donde entró dibujada la alegría en su semblante.

—¿Por qué estás tan alegre?—preguntóle a Paquito su padre.

—Porque acabo de hacer una buena obra. Va a caer un buen chubasco y he hecho que los hijos del tío Nacio retiren el trigo de la era.

—¿Va a llover, dices?...

Y el padre de Paquito salió al corral para inspeccionar el cielo que estaba sereno, y volvió para decir:

—¿Dónde ves el chubasco que anuncias?

—Pues he apostado el valor de diez medidas de trigo.

—¿Qué has hecho?

—Una obra de caridad que no puede perjudicarte.

—¿Crees que dar el valor de diez medidas de trigo no es perjuicio?

—Como no las pagarás, papá...

Los parientes de Paquito quedaron enterados de la primera locura del niño desde su llegada al pueblo.

El día transecurrió sin novedad; vino la noche, y cuando todos, cansados de las faenas, dormían en el más dulce de los sueños, pues se durmieron calculando en la próxima ganancia, serían las diez de la noche, un fuerte viento, acompañado de violenta lluvia de granizo, llamó a las puertas y cristales de las casas; los vecinos despertaron sobresaltados. De los hogares salían lamentos de consternación; sólo los hijos del tío Nacio se congratulaban de haber perdido las diez medidas de trigo, yendo de buena hora, en el siguiente día, a dar gracias a Paquito en nombre del padre enfermo. Le pidieron perdón por haberse mofado de él; pero el niño, mirándoles con inefable gozo, díjoles:

—Andad con Dios, que me habéis dado la ocasión de

hacer hoy una obra buena restituyéndoos las diez medidas que habéis perdido.

Los hijos del tío Nacio se echaron al cuello del niño; llegó el turno de los padres que se congratulaban de tener un hijo tan bueno e inteligente, creyendo que era un fenómeno lo debido a una educación más racional que España había adoptado para sus niños exploradores.

II

Después de varios días lluviosos, el cielo daba señales de buen tiempo. Ya en la tarde anterior los vencejos revoloteaban en el espacio, la lechuza chicharreaba blandamente y la corneja había dejado de quejarse; así, pues, cuando Paquito vió por la mañana que los escarabajos salían de sus nidos y que en el aire dos milanos jugueteaban remontándose, no tuvo duda de que iban a cesar las lluvias desapareciendo las nubes que, menos densas, cubrían en grande extensión el cielo. Volvió a entrar en su casa frotándose las manos, lleno de satisfacción y semblante risueño.

—¿Qué te pasa, Paquito?—preguntóle la madre al verle entrar de aquel modo.

—Pues que vamos a tener buen día.

—Ya me lo figuraba yo.

Y Paquito, acostumbrado a indagar el por qué de las cosas, quiso saber cómo se lo figuraba su madre, y se lo preguntó, contestándole ella:

—Anoche lo noté, pues la llama de la bujía apenas oscilaba.

—¡ Ah!—exclamó el niño—, entonces no hay que salir a la calle e interrogar cielo y tierra para conocer las señales precursoras de serenarse el cielo.

El niño empezó a deducir consecuencias. Todos los efectos obedecen a una causa, se decía; los pájaros suelen remontarse en el aire para escudriñar el horizonte, y como deben percibir la dirección del viento portador de tormentas, lluvia, granizo, nieve, etc., marcan los fenómenos con diversas demostraciones de su sensibilidad exquisita, pero siempre alegres cuando hay normalidad en los cielos y de júbilo cuando la esperan y distinguen en lontananza; sin embargo aquellos bichitos a ras de tierra que salen algunos de ellos arrastrándose, debían percibir otras sensaciones de mayor grado, como ocurre en general con los ciegos. Quizá la pesadez de la atmósfera, quizá el grado de humedad en el aire, aumentando o disminuyendo, obraba en ellos como en un barómetro. En cuanto a la llama de la bujía, se la atribuyó a la presión de la atmósfera que producía aquel aplastamiento en la llama que, buscando expansión, cimbreaba por todas partes, mientras que siendo la causa el viento no determina más que la dirección del mismo. Las consecuencias de sus razonamientos lógicos formaban en su cerebro un caudal de temprana experiencia, pues repitiéndose los fenómenos observados hallaba completa comprobación.

Hacía unos días que varios muchachos del pueblo habían proyectado con Paquito una excursión al vecino monte, distante cuatro kilómetros. La impaciencia y ansia de los niños por las cosas que les son agradables superan a las de los adultos acostumbrados a decepciones y contradicciones. Por lo tanto, en sus casas, tristes y mustios, como flores que necesitan del rocío y rayos de sol, estaban los compañeros de Paquito, cuando éste llegaba de puerta en puerta diciéndoles que preparasen sus mochilas, para reunirse a las ocho de la misma mañana en la plaza Mayor.

Seis muchachos (el mayor no contaría más de quince años), llevando en sus mochilas lo necesario para hacer en

el monte una succulenta paella, salían del pueblo a la hora indicada en dirección al monte.

Era un día del mes de julio; la atmósfera, refrescada por las lluvias, hacía menos intenso el calor de los rayos solares. El cielo acababa de serenarse, barridas las nubes por el viento de Occidente. Ya desde la entrada del valle dominado por montañas, oíanse los acordes musicales de la corriente de aguas cristalinas, donde se refrescaban las matinales auras, veíanse juguetonas ondinas saltar por entre guijas bruñidas y relucientes. A medida que los niños avanzaban entre aquellas barreras gigantescas, se escuchaban vagos rumores como ecos de ultratumba vagando por entre peñascales. Si en vez de ser por la mañana hubiera sido al declinar el día, los niños hubieran sentido otras sensaciones que las sombras de la noche suelen acentuar en tales parajes trocando lo riente de la mañana en misterioso temor. Cerca de las once, por un tajo de la montaña, que como escalera natural había, subieron los niños, percibiendo con mayor intensidad los perfumes de los romerales que la brisa libara en sus excursiones matutinas. Próximo a la cima y en un trecho llano mirando al valle, hicieron alto los exploradores; y como Paquito desdoblase una tela de grandes dimensiones, preguntóle uno de sus compañeros:

—¿Qué es eso? ¿Un mantel para comer?

—Es una casa—contestó el explorador.

Todos se echaron a reír. ¡Una casa nada menos!

—Dadme el palo que lleváis, y veréis cómo son nuestras tiendas de campaña. El sol molesta y hay que esconderle la cara.

Y Paquito, recogiendo los palos, en un periquete formó la tienda, donde se acomodaron muy a su gusto los niños.

—¿Quién sabe guisar el arroz?—preguntó luego.

Es en lo que no habían pensado los muchachos al pedir a sus respectivas mamás los varios ingredientes que cada uno aportaba a la razón social, que así decía Paquito, remedando a los comerciantes en compañía.

Todos quedaron con la boca abierta.

—No os apuréis—repuso el muchacho—, que yo he servido en varias excursiones de pinche y ahora puedo ejercer de jefe. No en vano se dice que entre los ciegos el tuerto es rey.

Y con la traza y la formalidad que para sí quisieran algunos cocineros, se puso a condimentar el arroz.

Llegó la hora del mediodía, y los seis niños en torno de la sartén, sentados en el suelo, con sus cucharas de palo, convirtieron en solar el campo de la paella, sembrado poco antes de arroz en abundancia y buenos pedazos de pollo del que ni siquiera dejaron las piltrafas en condiciones para servir de provecho a los canes de los pastores en aquel momento ausentes.

Estaban para terminar cuando uno de los niños notó que un bicho de color amarillento se acercaba hacia ellos; era un escorpión que hacía su paseíto tomando el calor de los rayos solares.

—¡Puf!...—dijo el muchacho—, no sienta bien tu visita en este momento.

Y cogiendo del suelo una piedra, dejóla caer encima del bicho que quedó aplastado.

—Amigos—dijo luego—, ese bicho es menos repugnante que dañino: es un escorpión.

Una repulsión inconsciente se apoderó de todos, como suelen hacer los autores en presencia de un crítico enemigo.

En aquel momento por el cerro subía un jovencito de unos diez y seis años, andrajoso, triste, escuálido, digno del pincel de un Ribera y de un asunto representando el hambre. Iba recogiendo hierbas que guardaba en un saco que a medio llenar cargaba sobre sus espaldas. Parecía no fijarse en los niños y seguía recogiendo hierbas. De pronto cayó en el suelo presa de un síncope. Paquito creyó que los demás niños irían como él a socorrerle, cuando uno le detuvo, diciéndole:

—No le hagas caso; le sucede a menudo. Lo que le dan para comer debe gastárselo en vino.

—No deja de ser un desgraciado—replicó Paquito—; si

tuviera medios se os parecería ; él no tiene la culpa de que la sociedad le haya excluído del derecho de todos. Vengan los que quieran ayudarme.

Y aquellos niños, poco acostumbrados a los arranques de bondad, de los que nunca les dieran ejemplo, fueron a recoger del suelo al muchacho andrajoso, y llevándolo en volandas le trasladaron a la tienda de campaña donde le dieron de beber y comer, pues Paquito le dió su pan que destinaba para la merienda. Luego que se hubo reanimado el muchacho, el explorador preguntóle dónde vivía y quiénes eran sus padres.

Padres no tengo ; han muerto.

—¡ Huérfano ! — exclamaron todos demostrando en el rostro compasión.

—Unos vecinos me llevaron a su casa y desde entonces recojo hierbas que ellos mandan a diferentes sitios de la provincia.

—¿ Qué sueldo te dan ?—preguntó Paquito.

—¡ Sueldo ! Palos cuando la recolección no es buena y escogida.

—¿ Comes bien ?

—¡ Comer ! Como lo que suelen dar a los cerdos : patatas sin pelar y cebollas hervidas.

—¿ Cómo te llamas ?

—Raimundo.

—Tu nombre es digno de mejor suerte—dijo Paquito— ; ¿ no estarías mejor en casa de un droguero en la capital si te dieran buena comida, buen vestido y jabón siquiera para lavarte ?

—Que sí, que sí.

—Ya veré si te lo puedo procurar.

Y sin hablar más, el muchacho herborista, muy contento por acariciar una esperanza, se puso a recoger plantas con avidez hasta llenar el saco, mientras que los niños exploradores, ya plegada la tienda de campaña, regresaban por el mismo camino al pueblo.



Llegó la hora del mediodía, y los seis niños en torno de la sartén... (Pág. 15.)
PAQUITO.—2

Cuánto echaba de menos Paquito a su jefe de exploradores. Una porción de insectos se presentaban a su vista, cuyos nombres le eran desconocidos. Hizo observar a sus compañeros cómo un escarabajo campesino iba laborando una enorme bola a medida que la arrastraba con sus patas traseras muy desarrolladas, diciéndoles:

—Ved, amiguitos, una manifestación de la actividad; lo que este bichito hace representa un gran esfuerzo; el hábito de su trabajo no obedece a otra causa que a la ley de la vida que es movimiento, pues yo no sé que le sirva para otra cosa el objeto de su fabricación que abandona cuando ya no puede arrastrarlo.

Paquito, además, en su libreta, tomaba las señas de la figura de los insectos que no conocía para preguntar más tarde la filiación de cada uno.

Al llegar al pueblo, con sorpresa vió Paquito al muchacho andrajoso sentado en un pilón que cerca de la entrada del mismo había en la carretera; el jovenzuelo, levantándose, se dirigió al encuentro de los niños, diciéndoles:

—¿A quién tengo que dirigirme para saber lo de la ciudad?

—Ven conmigo a casa de mis padres—contestó Paquito—, que, como yo me marcho a la capital, a ellos tendrás que dirigirte para saber lo que deseas.

Allí se separaron los niños, y Paquito, llevando a su lado al pobre andrajoso, llegó a la puerta de su casa, mas el padre que le vió le esperaba para decirle que no era decoroso que entrara en compañía de un mendigo, pues había visitas de alta categoría.

—¡Oh padre mío! más honra la compañía de un mendigo cuando se trata de una obra buena que la reunión de algunas gentes que suelen pasar el tiempo en casa ajena curtiendo la piel del vecino.

En efecto, estaban curtiendo la del alcalde saliente en presencia del entrante. El padre quedó corrido por tan atinada observación.

De noche, sentados a la mesa, el marido contó a su



...Paquito, llevando a su lado al pobre andrajoso, llegó a la puerta de su casa... (Pág. 17.)

esposa la escena ocurrida con su hijo. A la madre de Paquito le hizo mucha gracia; por lo que éste contestó:

—El niño explorador no teme ser ridículo cuando de ejecutar obras nobles se trata.

III

En el pueblo y en la ciudad el juego de los niños en la calle, aun aquellos violentos como son las pedreas, no causan tanto perjuicio como el contagio de los malos con los buenos cuyo instinto pervierten y desvían de la bondad. El

peligro está en el medio ambiente; por eso los niños buenos no se forman en las malas compañías que siempre retrasan la educación en perjuicio de la instrucción; pues el niño falto de moral aporta temprano el fruto de la perversidad. Afortunadamente, la sociedad, guiada por su instinto de conservación, prepara generaciones para su gobierno. Por eso Paquito, teniendo por compañeros a los niños exploradores y por instructores a hombres de exquisitos conocimientos, era una esperanza para la nueva generación de hombres. Los niños educados en plena naturaleza, son mejores, más nobles, más altruistas. Es natural que un muchacho educado en la Sociedad de exploradores llamase la atención en el pueblo como le ocurrió a Paquito; queriendo los niños emularle esperaban con ansia las vacaciones para dejar sus travesuras inconscientes e ir en busca de nuevas sensaciones que alegrando sus sentidos con bienestar inefable hallaban nuevos veneros de dicha en cada una de sus excursiones.

En la estación, aguardando la llegada del tren, varios niños charlotearon como en incesante *chui, chui* de pajarrillos; con el semblante alegre y ojillos avizores miraban a lo lejos donde los paralelos railes de hierro se juntaban por espejismo de radiación. Por fin, vióse la máquina avanzando con estridentes silbidos, sembrando de humo el espacio. La cabeza del explorador apareció en la ventanilla de un vagón, se oyeron las voces de: «¡Paquito! ¡Paquito!», al mismo tiempo que en el aire se agitaban gorras y pañuelos. Paró el tren y descendió el viajero.

He dicho antes que el charloteo de los niños parecía el cuchicheo de los pajarrillos, imaginaos qué sería aquel retozar de los espíritus, todos hablando a la vez, con besos, abrazos, apretones de manos, y allí, cerca, los hombres presenciando la algazara. ¡Qué cuadro más hermoso para titularlo un pintor: *Pajarrillos retozones!*

Por la carretera iban los niños en montón sin sentir el calor del sol que quemaba de lo lindo, los moscardones que pasaban zumbando y un sinnúmero de libélulas de todas

dimensiones cruzaban como aeroplanos; en fin, los insectos a ras de tierra y en el aire rebullían en los effluvios de la actividad solar.

En la puerta de su casa los padres de Paquito le estaban esperando. Cuando vieron aparecer aquel mocete de cutis moreno claro, de límpidos ojos y peinado a lo señorito, no pudieron impedir que unas perlititas de alegría se formaran en sus ojos con ese llanto tibio diferente del que brota en el dolor. ¡Qué de besos y abrazos! Los niños invadieron la casa; y unos sentados y otros derechos oyeron el relato que Paquito les hiciera de aquel muchacho harapiento que en el verano anterior encontraran recogiendo hierbas en el monte y que a la sazón estaba de dependiente de una droguería en la capital. Era uno de sus amigos predilectos.

Como la mesa estuviera preparada para la comida, se despidieron los amiguitos citándose para el día siguiente por la mañana a las ocho en que irían a ver con Paquito el huerto de los padres del mismo.

El explorador, después de visitar a los parientes por la tarde y haber cenado, estuvo en la puerta de la calle con varios de sus amiguitos contemplando el cielo estrellado y sereno en noche tibia. Les hizo conocer algunas de las constelaciones más salientes, y sobre todo la estrella polar en el carro de la Osa Mayor con la que se guían los pastores para conocer las horas de la noche según su altura en el cenit. Uno del auditorio preguntó si haría buen tiempo en el día siguiente y Paquito contestó diciendo: que cuando brillaban las estrellas como entonces era señal de tiempo sereno.

A una voz del amo de la casa se fueron «cada mochuelo a su olivo».

Al amanecer del día siguiente, reunidos los amiguitos salieron del pueblo en dirección a la finca de los padres de Paquito. Era un huerto bastante extenso en el que había parrales, árboles de varias frutas y muchas hortalizas. La semilla de las coles de Bruselas la había traído Paquito en el año anterior. A propósito de los parrales, uno de los

mayorcitos hizo observar que los del tío Pelandarias, que habían sido plantados al mismo tiempo, según le había dicho su padre, no producían más que uva raquítea y mala. Una idea luminosa atravesó por la mente de Paquito: dióle el generoso impulso de visitar al tío Pelandarias, rival de su padre en la política.

—¡ Ah—se dijo—, si fuera esta ocasión un medio de restarle un enemigo a mi padre!...

Nada dijo Paquito a sus compañeros mientras iban de regreso. En un olmo centenario se dejaba oír el ruiseñor, y algunos niños tuvieron la idea de apoderarse del nido.

—Alto, compañeros—dijo Paquito—; si queréis estar a mi lado no destruyáis los nidos de los pájaros.

Aquel primer impulso contrarrestado produjo su efecto; si en vez de oponerse lo hubiera fomentado en aquellas inteligencias inconscientes, la conciencia le hubiese reprochado su tolerancia.

Los niños, después de escuchar de labios de Paquito la apología de los pajaritos cantores y útiles comparándolos con los poetas y sabios, ofrecieron no solamente dejar de destruir los nidos sino también defenderlos.

¿Qué diríais vosotros si os destruyeran el hogar que tanto cuesta a vuestros padres?

En aquel momento los árboles apenas proyectaban su sombra en el suelo, el sol estaba en el cenit y era la hora del mediodía.

Al entrar en el pueblo cada uno tomó la dirección de su casa. Paquito, al volver a la suya, encontró puesta la mesa, no hizo más que lavarse las manos y sentarse cuando su madre le servía el plato rebosante de sopa de fideos. Al concluir de comer pidió permiso a su padre para hacer una visita al tío Pelandarias.

—¿ Para qué quieres visitarle?

—Para hacerle un favor.

—¿ Favores a ese tío? No es mi gusto que le visites.

—Pensé hacer una obra de provecho para ti...

—Como no te expliques...

—El tío Pelandarias no sería tu enemigo al no mediar envidias ni intereses políticos.

—Es natural; es natural.

—He sabido que los parrales del tío Pelandarias están atacados de filoxera.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues me han dicho que tienen las hojas amarillas y producen uva raquítica.

—Sí que es verdad.

—Las plantas de uva suelen tener esas dos enfermedades que se llaman hoy mildew y filoxera. En esta última enfermedad las hojas se tornan amarillas a causa de la anemia producida por diminutas larvas. En la otra enfermedad las hojas toman un tinte rojo.

—¿Y con qué se cura?

—El filoxera con ceniza vegetal.

—La ceniza es cáustica y quema—objetó el padre.

—También el veneno mata y cura enfermedades aplicado en dosis diferentes.

—Entonces, ¿cómo debe aplicarse?

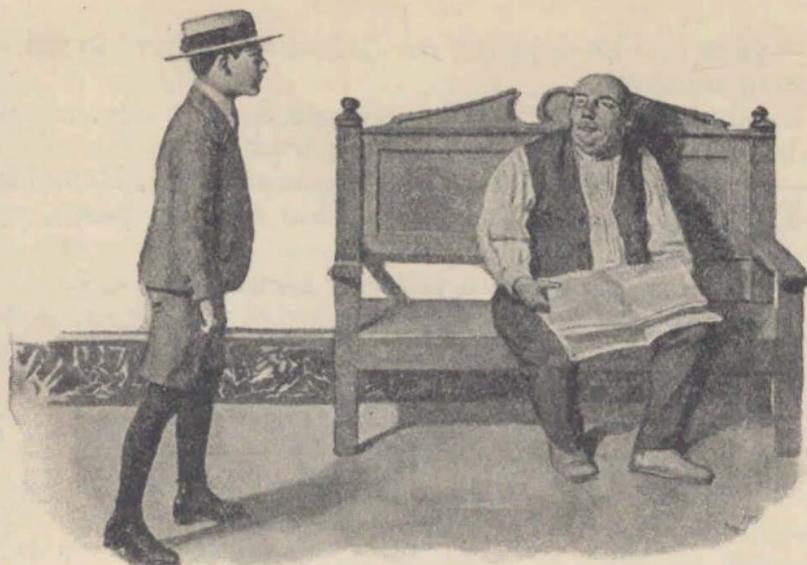
—En partes iguales de ceniza y heno mezcladas, cuya mezcla se aplica en la base del tronco después de raspar los tumores que se forman, luego de cubrir el guano con tierra ha de regarse un poco para que las plantas absorban las materias lejiadas.

—Pues no lo digas a nadie y lo ensayaremos nosotros para sacar provecho.

—No demos un ejemplo de egoísmo; además, yo he visto hacer esa operación en enero, que es cuando las larvas duermen y no pueden invadir otros puntos no contagiados. Pero no te moleste el bien ajeno. Ojalá sólo se sembrara el bien en la sociedad, que otro gallo le cantaría.

—Has lo que quieras, hijo, eres bueno y me felicito de ello.

Paquito se encaminó a casa del tío Pelandarias. Este, después de echar la siesta, estaba leyendo en la entrada de su casa, previamente regada.



...estaba leyendo en la entrada de su casa... (Pág. 22.)

—¡Hola, tío Pelandarias!—dijo el muchacho al llegar.

—¡Ah! ¿eres tú, Paquito? ¡Qué crecidity estás! Ya me han hablado de lo bueno e instruído que eres. Mi chico está entusiasmado, mas como tu padre es mi contrario en política...

—Pues por él vengo a prestarle un servicio.

—¡Qué dices!

—Sí, señor; le he dicho a mi padre el modo de curar las parras que tienen hojas amarillas, y como usted las tiene...

—¡Me place la nueva, muchacho, me place!

Y Paquito díjole el modo de curar las plantas.

—Lo probaremos en los parrales de mi heredad.

En aquel momento entró Rafaelito, hijo del tío Pelandarias, que ardía en deseos de ser compañero de Paquito para hacer excursiones con él. Este se adelantó a complacerle, diciendo al padre:

—¿Por qué no deja venir a Rafaelito con nosotros a visitar un molino?

El aludido se agarró a las piernas de su padre, al mismo tiempo que éste le otorgaba el permiso.

—¡Adiós, tío Pelandarias! ¡Hasta mañana, Rafaelito!

Y cuando ya Paquito había dado algunos pasos, oyó que el tío Pelandarias le decía:

—Dale las gracias a tu padre, y recuerdos.

IV.

Paquito estaba cursando el bachillerato y tornaba a su pueblo a pasar las vacaciones después de haber obtenido la nota de sobresaliente en casi todas las asignaturas. ¡Qué alegría para sus padres! Sólo por darles aquel gozo bien valía la pena del esfuerzo si éste no fuera más provechoso que la satisfacción misma. Paquito, que tenía educadas en igual grado la memoria y la voluntad, era consciente de sus actos, y observador de las costumbres y procedimientos de los demás, sabía muy bien el valor moral del hombre cuando éste adquiere un grado de educación superior; por eso no desperdiciaba el tiempo y acumulaba en él acciones para explotar más tarde la mina de su inteligencia cuando aquéllas pudieran cotizarse en el mercado de la intelectualidad. Su espíritu de investigación le infundía ansias de saber y nunca se acostaba sin aprender algo que no supiera en el día anterior.

Los padres de Paquito tuvieron la suerte de que su hijo llegara a la vida educativa cuando ya estaba creada la So-

ciudad de Exploradores, de otro modo la vida en la calle del niño, en su trato con los perversos, hubiera influido en su imaginación mal encauzada y atrofiado las preciosas cualidades del corazón y de la inteligencia.

Era, pues, Paquito un hombrecito cuando aun no contaba diez y seis años de edad, y en tales condiciones no es extraño que en el pueblo se le admirase y se le tuvieran consideraciones dignas de su buen comportamiento para con todos. Nadie rehuía su amistad; al contrario, todos la buscaban.

Ya en el pueblo habíase constituido la Sociedad de Exploradores que seguía funcionando con general contento de las familias. Paquito ingresó en las filas de la misma, quiso ser uno de tantos. ¡Qué cambio más grande habían hecho en poco tiempo sus amiguitos! En todos se notaba el afán de la colectividad, como si la sociedad humana, desmembrada espiritualmente, empezase a reconstituirse y encauzar sus aspiraciones comunes en el bien universal con el lazo indisoluble del amor. Las más bellas utopías podían realizarse en la sociedad futura.

El pueblo estaba de fiesta, misa cantada y sermón por un padre misionero, en la plaza Mayor fuegos artificiales; el día, espléndido con el sol de postrimerías de agosto, precursaba una noche serena, tibia y agradable. Véanse colgaduras en los balcones y gallardetes adornando calles y plazas. Lucían sus mejores trapitos las muchachas; los mozos con pantalones y chalecos oscuros y en mangas de camisa transitaban por la plaza Mayor, donde estaba la feria de juguetes con variedad de exhibiciones, mientras los hombres formales y de negocios hacían transacciones en el mercado de bueyes y caballerías propias para la labranza.

Entretanto, por la mañanita de ese día de fiesta, los niños exploradores salían del pueblo con su jefe en dirección a un molino cercano, cuyo dueño acababa de procurarse nueva maquinaria traída de Alemania que debía producir mayores rendimientos y por tanto menores gastos en la molienda. Allí era empleado un pequeño salto de agua para

la producción de energía eléctrica. El dueño había concedido permiso a los niños exploradores para visitar el molino en aquel día, quedando un operario para explicarles el mecanismo y la operación de la molienda. En efecto, el operario, en presencia de los exploradores, enseñábalos una por una las piezas más principales de la máquina: había un recipiente donde el trigo descascarillado caía como catarata de lagrimitas precipitándose, luego una trituradora para convertir en polvo el trigo y luego una manga con la que se llenaban los sacos automáticamente. Uno de los niños tuvo la mala idea de tocar la llave de resistencia, gruñó el motor eléctrico y empezó a rodar el volante; el operario, sorprendido, recibió un porrazo donde guardaba el reloj de bolsillo, y, cuando paró la máquina, vió con disgusto que su reloj no andaba y tenía el cristal roto.

—¡A formar!—gritó el jefe de los exploradores.

Los niños, suponiendo lo que su jefe iba a proponerles, tenían las manos puestas en los bolsillos en ademán de buscar dinero.

—Ya veis—dijo el jefe—, el pobre trabajador ha sido perjudicado, debemos abonarle la compostura de su reloj.

En un instante los que llevaban dinero pusiéronle en manos de su jefe. Paquito, cuando vió que sólo se habían reunido tres pesetas y el jefe echaba mano a su bolsillo, le detuvo, diciendo:

—No puedo tolerar que la imprudencia de uno de mis compañeros la pague usted.

El operario que lo presenciaba no quería recibir el dinero que el jovencito le entregaba, mas no tuvo otro remedio que aceptarlo. Paquito, con su rasgo generoso acababa de privar a su hermanita de la muñeca que debía traerle a la vuelta de su excursión y cuyo importe eran los ahorros de la hucha de la niña. Luego, pasado aquel momento, pensó en el encargo de su hermanita, la que no podría comprender su rasgo de generosidad. En aquel instante los exploradores salían del molino dirigiéndose a una era cercana. Paquito pudo notar que en la acequia había truchas

en cantidad, tuvo una idea luminosa y, después de pedir permiso a su jefe, volvió al molino para rogar que le permitieran pescar.

—Pesca cuanto quieras—dijo el operario, añadiendo—: pero, mira, las truchas son muy *truchas*.

Y Paquito corrió a sujetar la compuerta de la entrada del agua en el cauce del molino; después, cogiendo un trozo de arpillera levantó la compuerta de desagüe; poco después el muchacho apenas podía llevar con la arpillera el peso del pescado.

El explorador, obedeciendo a su plan preconcebido de trocar en dinero el pescado, en cuanto llegó al pueblo fué en busca de una vendedora a quien le ofreció la mercancía, por la que recibió más dinero del que le hacía falta para prar la mejor muñeca de la feria que llevó a su hermanita, con la cual, llena de satisfacción, besaba jubilosamente a su hermano.

Los padres de Paquito, sin decir nada a su hijo, se hacían cruces de la baratura de la muñeca, y decidieron ir a la feria para comprar otra si había de igual clase y tamaño, pero buen chasco se llevaron cuando el vendedor les pidió el triple de lo que ellos habían dado a su hijo para tal objeto.

El molinero, de regreso a su molino, después de rondar la feria de ganados, notó con satisfacción de que su operario hubiese limpiado la acequia, y le dijo en cuanto le vió:

—¡Vaya, se ha limpiado el cauce! Desde la semana que viene tendrás un real de aumento.



...llena de satisfacción, besaba jubilosamente a su hermano. (Página 27.)

V

Paquito hizo notar al jefe de los exploradores de su pueblo, que los de la capital vestían todos idéntico uniforme; pero el jefe respondióle que los niños pobres no podían costárselo.

El jovencito, como el jefe de exploradores, sabía muy

bien la importancia que tenía el uniforme, tanto entre los compañeros de la colectividad como en los jefes de la misma, pues dígase lo que se quiera, cuando en palabras o en hechos se viste una cosa o sujeto, produce, generalmente, una consideración en nosotros que puede ser de diversa índole, según el grado moral del que juzga, mientras la idea que informa la igualdad en derechos y obligaciones tiene en el uniforme un concepto de confraternidad superior, pues ni el pobre ni el rico pueden alegar falta de consideración por tales conceptos, puesto que ambos se hallan colocados en el terreno de la igualdad. En un principio pensaron pedir una subvención al Ayuntamiento para trajes; pero, mejor pensado, decidieron que los niños en sus casas pusieran en su hucha diariamente diez céntimos, y encargar al sastre la confección de los uniformes, pagando cada mes a cuenta el importe del ahorro colectivo.

Quince días después los exploradores, vistiendo uniforme con sus correspondientes utensilios, salían del pueblo a las siete de la mañana en dirección a un castillo destruído que en otro tiempo fué morada de los condes de H. y estaba situado en la falda de la vertiente opuesta del monte vecino, realizando una verdadera ascensión.

El cielo estaba sereno, una ligera brisa matinal cargada de aromas refrescaba la atmósfera, las gotas del rocío se iban deshaciendo al influjo de los primeros rayos de sol desposeyendo a las plantas del cristalino aljófar. Los niños andaban por la carretera charloteando como bandada de pajarillos al ras de tierra perdiéndose de vista en lontananza, luego se les veía subir por la falda del monte y transponer la cumbre. ¡Con qué holgura quedaban los hogares! ¡Con qué satisfacción veían todas aquellas excursiones! Cuando los niños volvían a sus respectivos domicilios, siempre aportaban una nueva observación, es decir, algo que agregar de nuevo a sus conocimientos adquiridos.

Paquito era el brazo derecho de su jefe. Que el tiempo se encapotaba amenazador, allí estaba el muchacho explorando el horizonte cuando no podía observar en los anima-

les los signos precursores del mismo. Y como un pasante, predispuesto a enseñar lo que sabía, le bastaba la menor indicación para dar conferencias al aire libre en presencia de los fenómenos que se observaban, como por ejemplo, la reverberación de dos o más soles entre las nubes en el Mediodía o en el Norte, que son señales de próximas lluvias, y torrenciales cuando es en el primer punto. También cuando los primeros rayos del sol al despuntar el día se muestran amarillos, les decía que denotaban lluvia. Aquel arco iris que tanto admiraban los niños sin saber la causa que lo producía, fué motivo para que Paquito les explicara el modo cómo se quiebran los rayos solares en el prisma produciendo la hermosa amalgama de colores desde el rojo al violeta perceptible a la visualidad humana. Decía que la aparición del arco iris era el término de la lluvia por haber desaparecido la causa que la motiva.

Son tan bellos los paisajes de la montaña, hacen tan lejano a nuestra vista el horizonte, que la pluma se resiste a pasar adelante sin hacer una ligera excursión por las sierras; pero no debemos hacerlo, se lo reservamos a Paquito cuando más tarde, al sorprender los secretos de la Naturaleza, lo haga espontáneamente, como algo íntimo y divino, que sólo perciben los que como él iniciados conviven entre las abruptas montañas o fragosidad de los valles, cuando la Naturaleza calla, se entristece o sonríe, cuando modula rítmicas craciones que embargan nuestra alma o retumba el trueno con estrépito horroroso y atemoriza nuestro espíritu el relámpago al pensar en el poder del rayo que se forja en las nubes.

Entonces la montaña sonreía, ligera brisa del Norte amortiguaba el calor de los rayos solares. Traspuesta la cumbre, pudieron ver el antiguo castillo en ruinas, morada señorial antes y entonces de sabandijas y pajarracos, lleno de espeso musgo y plantas trepadoras. También algunas florecillas silvestres tendían al sol su corcha de ropaje lozano y de gayos colores. Al llegar los excursionistas, los pájaros levantaron el vuelo para ir a posarse en las vecinas rocas y

contemplar cómo almorzaban los allanadores de su morada, en la que habían pasado varias generaciones de sus crías.

Durante la comida el jefe fué contándoles la leyenda, si así deben llamarse los hechos que oralmente nos transmiten los ancianos. Parece ser que allí vivió uno de aquellos señores feudales de triste recordación en los tiempos presentes; su única hija, aunque algo feílla, era un dechado de virtud. De vez en cuando el padre daba banquetes en su castillo con el exclusivo objeto de que su hija hallara un digno esposo. Ocurrió que la joven no sentía por ninguno el afecto indispensable para el feliz consorcio de las almas. En uno de los banquetes, después de marcharse los invitados, tuvieron padre e hija el siguiente coloquio:

—Hija mía, hoy hemos tenido en casa la flor de los caballeros. ¿Qué te han parecido?

Y ella respondió:

—Todos suelen parecerse. Todos se fijan en el porte y elegancia de los demás para imitarles.

—¿Nadie te ha dicho nada?

—Ni con palabras, ni miradas.

—Necesitamos que sepan que tienes buena dote; propágalo entre tus amigas.

—¡Ay, padre! el hombre que por tal me quisiera habría vendido su alma al diablo y al hogar me traería el infierno.

Dijo el narrador a los muchachos que en las tibias noches de verano un pastor veía cómo, a media noche, se encendía una luz en una ventana del castillo y que salía un pájaro de regular tamaño desapareciendo cada vez por la misma dirección.

—Una paloma mensajera, seguramente — dijo Paquito —, que la joven emplearía para cartearse con sus amigas.

También lo creía el jefe, pero dijo que el pastor, intrigado, lanzó una piedra con tanto acierto que mató al animalito, viendo que en el cuello llevaba un papel cuyo escrito no supo leer. Tuvo remordimiento de haberlo matado, mas no confesó su crimen; y queriendo llegara el papel al

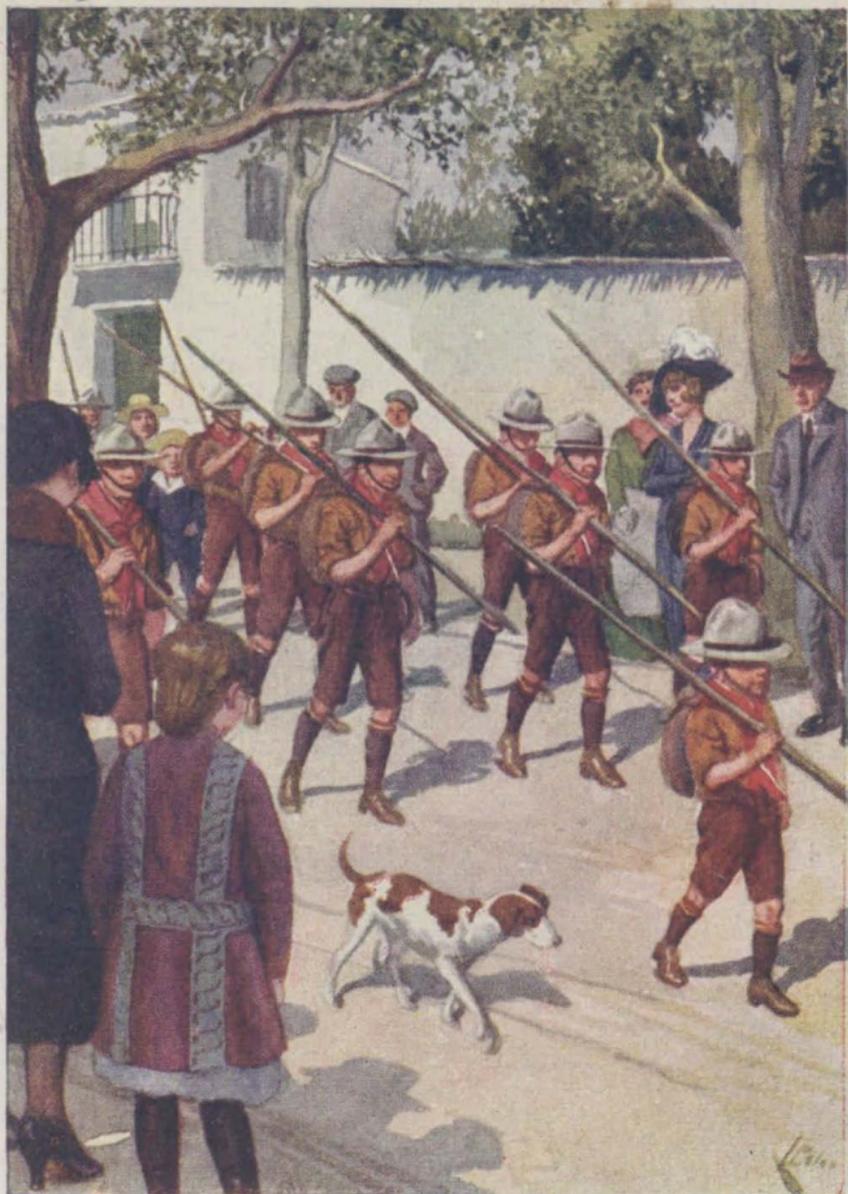
destinatario, se le ocurrió depositarlo en una maceta de flores que halló en una ventana de la entrada del pueblo. El que en aquel cuarto dormía era el único hijo y huérfano de los marqueses de X..., que murieron arruinados por causa de los malos vicios del marqués; el hijo era mantenido por unos parientes que ya se iban cansando y le echaban en cara su holgazanería. Por lo tanto, cuánta no sería la sorpresa agradable de aquel joven cuando, al despertar y abrir las ventanas de su cuarto, vió y leyó con avidez el siguiente escrito: «Si me amas corre a mi lado, que yo te haré feliz. Berta.» El joven no pudo dudar de que se trataba de la hija del conde de H. Sin decir nada a nadie se trasladó al castillo, y por una equivocación providencial el joven se casó con la hija del conde.

Pero ocurrió un día que un apuesto mancebo, jinete en hermoso alazán, presentóse en el castillo pidiendo acto seguido una entrevista con la condesa. Esta, una vez estuvo en su presencia el visitante, preguntóle el objeto de su entrevista, contestando el mancebo:

—Señora, de lejanas tierras vengo en nombre de mi hermano, que no tiene noticias vuestras ni ha vuelto a ver su paloma mensajera.

La condesa llamó a su esposo para pedirle explicaciones, y cuando éste le dijo en qué forma hallara el papel y que nunca había tenido paloma mensajera, entonces ella díjole que mentía, acusándole de criminal por haber matado la paloma. Y dejando extático al marido, penetró en su aposento, recogió todas sus alhajas y, montando a caballo, desapareció con el mancebo. También dijo el jefe de exploradores, que disgustados los parientes del marqués porque el conde no quería decir el paradero de su hija, le saquearon el castillo obligándole a emigrar a otras tierras, y desde entonces aquél está abandonado y completamente inservible.

—Así se inventan las leyendas cuando la pátina del tiempo no deja señales de comprobación—objetó Paquito.



...vistiendo uniforme con sus correspondientes utensilios salían del pueblo... (Pág. 29).

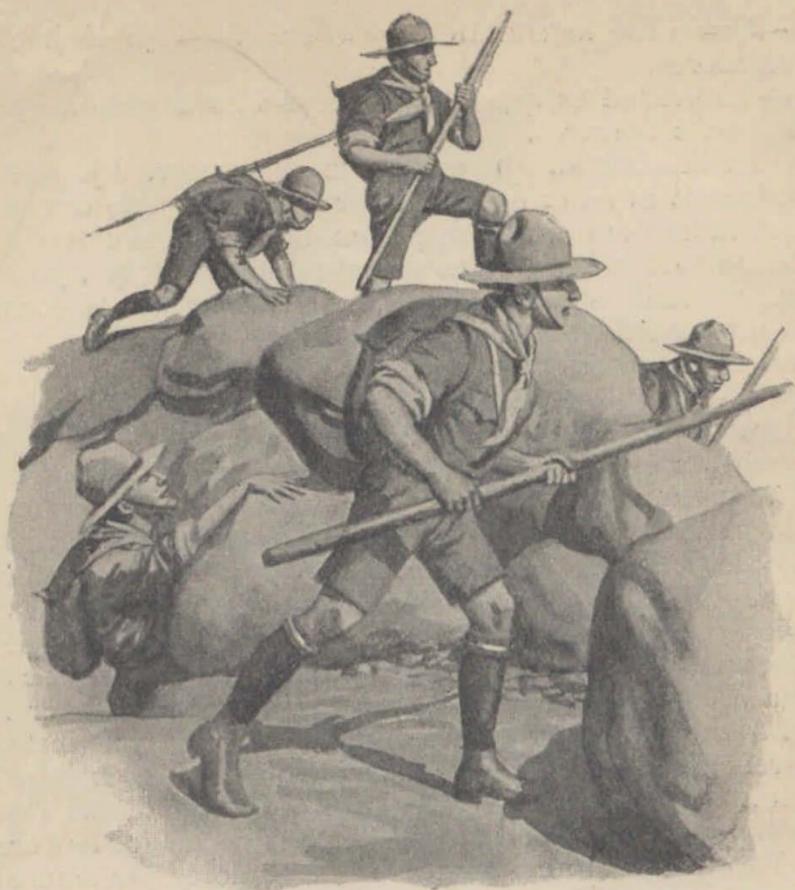
PAQUITO.—3

—Como me lo contaron os lo cuento—dijo el jefe de exploradores.

—La verdad es que la leyenda esa ha llegado muy incompleta a nosotros.

Y el muchacho, queriendo dar su parecer, dijo que no comprendía el amor de Berta por el desconocido dueño de la ave mensajera, a no ser que en alguna visita le regalara él su paloma y ella hiciera el ensayo de escribirle, y como diera resultado siguieran carteándose hasta que la corriente simpática llegara a transformar en ideal amor lo que antes fuera pasatiempo, y como la última carta del joven, según supone la respuesta de la de Berta, debía ser de suma trascendencia, de ahí que esperara haciéndose mil conjeturas por el retraso, pues lo mismo pudiera ser una negativa de casamiento por parte del conde como haber muerto la paloma durante el trayecto, y por no exponer su orgullo de noble, en vista de la tardanza mandaría a su hermano. Dijo que debió ser interesante la psicología de los novios en su recíproca espera. Hizo notar que a pesar de la fortuna que el pastor puso en manos del huérfano, no se daría a conocer por no exponerse a las iras del señor feudal. Alguno niños que antes oyeran el cuento con cierta indiferencia, gozando sólo de la forma objetiva, oyendo a Paquito, empezaron a interesarse por el estudio de las almas, gusto predominante en las poblaciones de mayor cultura.

Terminado el almuerzo, los exploradores hicieron ejercicios de guerrillas aprovechando las quebraduras del terreno, y después de un largo descanso regresaron al pueblo encantados de la jornada.



...hicieron ejercicios de guerrillas aprovechando las quebraduras del terreno.... (Pág. 33)

VI

Algunos días antes de las vacaciones, el jefe de exploradores de la sección a que pertenecía Paquito, leyó la lista de los socios a quienes la suerte les permitía en aquel año hacer un viaje de excursión a Barcelona. Los gastos eran sufragados por la Caja de Ahorros para excursiones espe-

ciales, en la que muchos socios depositaban semanalmente veinticinco céntimos, resultando un ingreso de mil trescientas pesetas al año por cada cien imponentes, de los cuales un veinte por ciento eran agraciados en el sorteo para realizar la excursión o viaje instructivo anual. Los niños se acostumbraban al ahorro y comprendían los efectos del mismo, sobre todo los que por la suerte disfrutaban de los beneficios inmediatos del mismo.

Paquito fué uno de los agraciados, y púsolo en conocimiento de sus padres para que no le esperasen como de costumbre todos los años dos días después de la entrada de vacaciones.

¿No es verdad, queridos niños, los que leéis estos cuentos a guisa de crónicas, que tenéis ansias de conocer el mar que quizá solamente habéis visto pintado en los mapas de las escuelas? ¿No es verdad que tenéis ansias de conocer las grandes capitales que os han nombrado? Pues esa misma ansia tenía Paquito.

En las primeras horas de la mañana de fines de mes de junio, veinte exploradores y dos jefes, todos muy bien equipados, salían de la capital en dirección a Barcelona.

Hemos de decir que los niños tenían tiendas de campaña en las que pensaban pernoctar en pleno campo y evitar el sol mientras descansaban o comían.

El día, sereno, no era muy caluroso; la Naturaleza vestía esplendorosamente la tierra con las verdes galas con que tapiza los campos: alfalfas, frigos, maizales, avenas y otras gramíneas o hierbas se levantaban de la tierra como si la mano de un poderoso artista hubiera aconsejado los tonos y dispuesto las plantaciones. Con qué tristeza miraba Paquito a los ancianos encorvados laborando sus terruños. ¿Por qué los fuertes dejan trabajar a los débiles? se decía. Y cuando empezaba a evocar en su imaginación como en perfecto calidoscopio las bandadas de emigrantes acudiendo a los puertos, según las estadísticas, para llevar sus fuerzas en doloroso éxodo a tierras vírgenes dejando su hogar y su patria y sus hijos en manos de la impotencia

senil de la más triste ancianidad, el jefe de exploradores llamóle la atención, porque estaba explicándoles la forma de cultivo de cada una de las plantaciones que se veían. La lección de agricultura frente a los objetos explicados constituía la práctica de la misma. El modo de hacer los sillones en el campo para facilitar el regadío, cómo y cuándo se debe regar; las plantaciones de semillas: unas por aglomeración, otras por separado, el trasplante una vez germinadas; el corte de los árboles, época del mismo; la utilidad del regadío en los viñedos, al que Francia debía su repoblación más que a los injertos americanos, el tratamiento de los mismos en secano; remedios más eficaces en cada una de las enfermedades en árboles y plantas; en fin, todo aquello materia de estudio que leído resulta pesado y que entonces, frente a la Naturaleza, les hacía olvidar las horas transcurridas en largas caminatas.

Al llegar a un pueblo, si la hora era la del mediodía, levantaban sus tiendas de campaña, mientras uno de los jefes con dos exploradores iba a comprar lo necesario para la condimentación correspondiente; después de comer daban las sobras a los niños pobres del pueblo, recorrían las principales calles del mismo, visitando lo que era digno de verse, y, seguidamente, plegaban las telas de las tiendas de campaña y se ponían en marcha. Si los pueblos eran de alguna importancia y funcionaba una Sociedad de la misma institución, eran agasajados por sus confraternales consocios y acompañados largo trecho de camino.

Aquella franca alegría, sin preocupaciones de ninguna clase, por fin único el ejercicio físico y de experimentación intelectual, tenía el mayor encanto para los exploradores que despejaban su nebulosa intelectual con la experiencia que procuran los viajes y sobre todo las largas excursiones pedestres.

Tuvieron días espléndidos, en que parecían alegrarse a la par todos los seres y plantas. Por la noche las estrellas fulguraban en el cielo como diamantes deslumbradores. La fragancia que en el ambiente se notaba al atardecer hacía

olvidar el olor molesto de la gasolina de los automóviles que de vez en cuando pasaban velozmente levantando nubes de polvo.

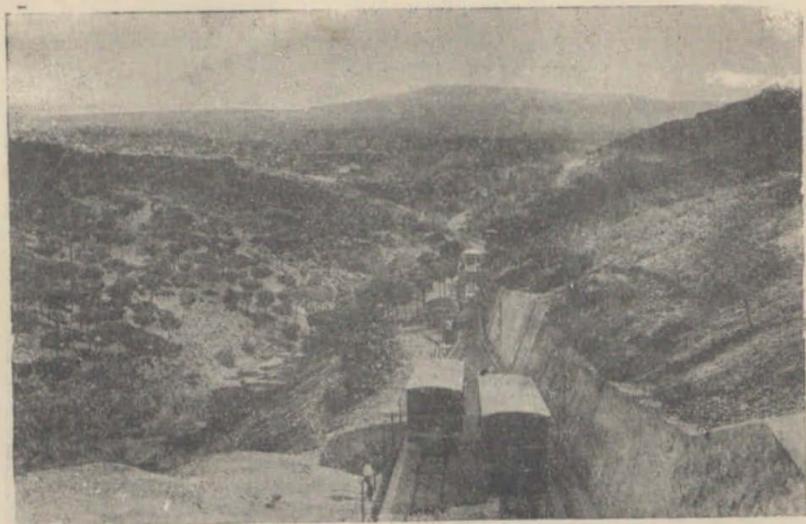
Al llegar al sitio denominado Monjos, al pie de las montañas del mismo nombre, encontráronse frente a la más reputada fábrica en España de cementos portland naturales de Juan Miré (S. en C.), y los jefes, para visitarla, pidieron permiso al gerente, el cual, celoso de su reputación por la calidad de sus cementos, no priva a su fábrica



Alrededores de Barcelona.—Vallcarca.

ni un momento de sus cuidados. Obtenido el permiso, los exploradores recorrieron todas las dependencias: en la planta baja veíanse los silos donde se desbraban los cementos ya pulverizados por una máquina Broyer y conducidos por el tubo Fenicier instalados en el único piso de la casa con todos los adelantos modernos. El orden y el esmero en la conservación y limpieza se notaba en todo a pesar de no ser la visita esperada. Y como la cocción de la piedra se hacía en el monte en hornos ex profreso de gran valor, pues

entre ellos había alguno que costaba de cinco a seis mil duros, allí se encaminaron los exploradores viendo las canteras de donde se extraía la piedra, de cuyos filones se hacían varias clases superiores de dicho material llamado a ser el factor más importante de la construcción. Después de visitar y enterarse del funcionamiento de los hornos, despidiéronse del encargado, y atravesando el monte, cara a la costa, vieron otras mesetas de montañas levantinas ; por fin



Funicular de Vallvidrera.

llegaron a la orilla del mar, contemplando en el horizonte los barcos que cruzaban en lontananza. Es muy probable que muchos de los niños que conocían la Geografía, pero que por primera vez veían el mar tal cual era, soñarían aquella noche que pernoctaron en Villanueva en el episódico suceso glorioso de Colón saliendo con sus carabelas hacia rumbo desconocido. En el siguiente día, por la mañana, como todos tenían deseos de llegar pronto a Barcelona, emprendieron la marcha muy temprano. No sabían ellos la

agradable sorpresa que iban a tener. Allí, en el puente del Llobregat, un ejército de amigos les esperaba; era la van-



Plaza de Cataluña.

guardia de los exploradores barceloneses que abrían sus brazos a los recién llegados, mientras algunos les servían re-



La Rabassada.

frescos con agua traída de la Rambla de Canaletas, es decir, del corazón de la capital catalana. ¡Qué delicadeza! Eran nobles corazones de hermanos que salían al encuen-

tro para darles la bienvenida y confundirse en un cariñoso abrazo.

Uno preguntaba a otro caminando hacia la capital:

—¿No has visto nunca Barcelona?

—No.

—Ya verás su puerto lleno de buques mercantes. Las numerosas fábricas. Los edificios admirables en las grandes vías del ensanche...

—¿Qué montaña es aquélla?

—Vallvidriera.



Vista parcial del

—¿Y la otra hacia la derecha tocando al mar?

—Montjuich.

En conversaciones parecidas fueron acortando la distancia hasta llegar a las puertas de Barcelona. Y como era en día de fiesta por la tarde, limpiáronse en un momento su indumentaria, y descansando un buen rato, recorrieron luego las principales vías con marcialidad y en orden, precedidos por sus compañeros de institución barceloneses.

Aquella noche los veinte exploradores y sus dos jefes, uno técnico y el otro médico, sin ningún contratiempo, des-

cansaban en blandos lechos tanto más gratos cuanto más deseados.

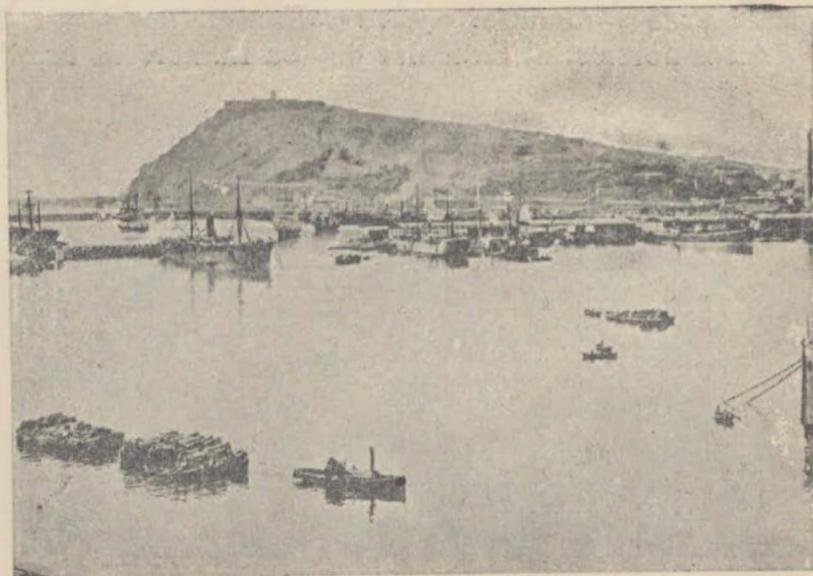
A las ocho de la mañana del día siguiente, reunidos los exploradores en la Plaza de Cataluña, acompañados por un jefe barcelonés, subieron a la montaña de Vallvidriera, donde pudieron admirar los numerosos chalets caprichosamente contruídos en los que se notaban atrevidos ensayos de fantasía arquitectónica, muchos de ellos en medio de jardines y de verdaderos bosques. En la cima donde hay magníficos hoteles, el funicular dejaba numerosas familias



puerto de Barcelona.

que iban a pasar el día en las alturas. En la vertiente opuesta y sobre la falda de una hondonada exuberante de vegetación, veíase el tan renombrado hotel de la Rabassada en medio de un delicioso paisaje. Pero el espectáculo más bello, grandioso, sublime, observábase desde la cima, al declinar la tarde, cuando los rayos del sol no hieren la retina de los ojos. A los pies de la montaña, vense grandiosos edificios, muchas fábricas cuyas chimeneas elevan al espacio columnas de humo; se divisa perfectamente el hormigueo de los transeuntes; más lejos, el mar, en cuyo

puerto se ven anclados buques de todos tamaños mientras que los vaporcitos cruzan continuamente transportando pasajeros a los baños de la Barceloneta; en la derecha, junto al mar, el famoso Montjuich, con el fuerte de su nombre, dominando el mar y la tierra, mirador y vanguardia de la ciudad condal. Entre los edificios destacábase el arquitectónicamente bello de la Sagrada Familia.



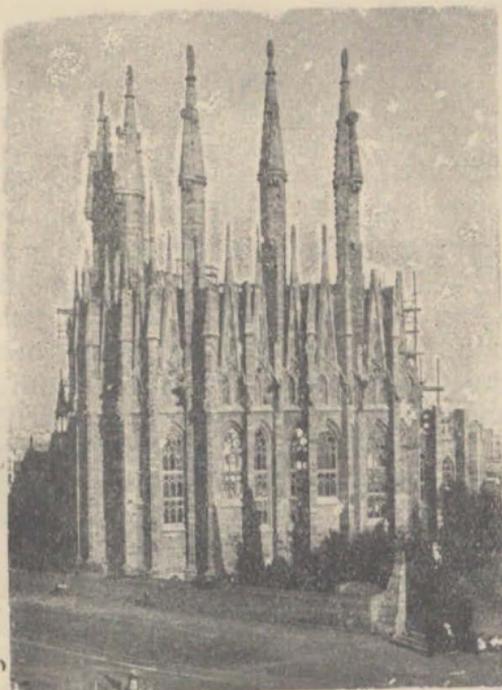
Castillo de Montjuich.

Los exploradores comieron al lado de una fuente, regresando a sus casas cuando empezaba a anochecer.

En el día siguiente, visitaron el recinto de la Exposición, donde se conservan todavía entre otros los palacios de la Industria y del Museo. Vieron la hermosa colección de animales, que casi todos ellos conocían por las láminas de los libros; y, finalmente, después de visitar edificios, paseos y calles y de haber hecho una pequeña excursión por mar, quedando estrechados con mayor entusiasmo los la-

zos fraternales de los dos pueblos, los exploradores forasteros, acompañados como a su llegada, dejaron tras sí la hermosa capital que honra a España en todas las manifestaciones de la actividad: ciencia, arte, industria y comercio.

Seguramente, al retornar a sus hogares, los explorado-



Templo de la Sagrada Familia.

res que tomaron parte en la citada excursión, llevarían a sus casas, escuelas y talleres nuevos conocimientos, elevando a mayor grado la cultura de su pueblo y su propia experiencia, siendo muy notable el estudio de las observaciones anotadas en sus libretas que fijarían seguramente la capacidad mental según el grado de educación de cada uno.

VII

Paquito ha regresado a la capital de su excursión a Barcelona, y se dispone marchar a su pueblo donde sus padres le esperan con ansia. Raimundo, el pobre andrajoso que en época no lejana encontrara el explorador al hacer con sus amiguitos una excursión por el monte, es hoy un buen dependiente de una de las mejores droguerías de la capital, ha pedido permiso a sus principales y se propone acompañar a Paquito a su pueblo, invitado por éste cuyos padres se lo consentían. Raimundo, en el medio ambiente de su nueva situación, se había transformado: llevaba traje completo de lanilla, camisa planchada, linda corbata y gorra de seda; del ojal de su chaleco colgaba una cadenilla de dúblé sujetando un reloj de plata; finalmente, calzaba zapatos de cartera. Tenía el propósito de visitar a sus padres adoptivos y llevarles algún recurso; comprendía entonces que ellos, por falta de educación, hicieran de él un ser más repugnante que útil; reconocía que la suerte del hombre, por lo general, depende del medio ambiente en que se desarrolla su juventud. Mucho tenía que agradecerle a Paquito; pero con su comportamiento y aplicación en la escuela que frecuentaba de noche y en la droguería, pagaba el bien recibido con la satisfacción de aquel que de su buena obra veía excelente fruto.

En el andén de la estación, Paquito, después de abra-

zar a su tío, fué a acomodarse con Raimundo en un coche de tercera. A poco crujía el tren replegándose como vértebras de serpiente, y su locomotora, silbando, pregonaba por los campos su vertiginosa marcha. Como el paisaje se sucedía rápidamente, no se dieron cuenta de otra cosa sino de que el día era espléndido y de que los campos se mostraban exuberantes de vegetación. Emplearon el tiempo en continua charla, y puede decirse que Paquito hizo casi todo el gasto de la conversación. Este habló de su visita a Barcelona, contando en sus menores detalles las observaciones que hiciera en las montañas del trayecto, de la majestad imponderable de las de Montserrat, que vió de lejos; de lo observado desde la de Vallvidriera. Pero no eran sus detalles lo que a primera vista se ofrece al observador, sino aquello además que parece nimiedad y que, sin embargo, es la característica del terreno y hasta de sus habitantes, como por ejemplo: la dureza de las tierras, las minas que se explotan, las piedras que se extraen, lo que más se cultiva, la fertilidad de los terrenos en general y su topografía. Deduciendo de lo observado en Cataluña, que una región erizada de montañas, donde en tiempos la labranza era difícil, debió influir en el carácter de sus habitantes, por lo que Paquito juzgaba a los catalanes ásperos en su lenguaje como su tierra, laboriosos por necesidad del común esfuerzo, industriosos para aprovechar su situación geográfica, probos y tenaces como reliquias de un esfuerzo primitivo conservado en la raza a pesar de su riqueza cuando sin competencia transportaban a tierras coloniales los productos de sus esfuerzos. Hizo notar el jovencito que los catalanes, por instinto de conservación, imitaban portentosamente los productos extranjeros, evitando la posible competencia que trae en sí el gusto de la moda.

Raimundo interrumpió a su amigo para decir que los viajeros catalanes solían desprestigiar a sus concurrentes para alabar sus productos, a lo que Paquito objetó diciendo que tal vez ese modo de vender en algún tiempo de mayor ignorancia produjera efecto como autosugestión, de

igual modo que la simpatía y palabra de los mismos, pero en el presente los comerciantes, mejor instruídos, se atienen más a la calidad de los productos y su coste que a la cantidad de simpatía y sugestión por la palabra.

Interrumpieron la conversación los dos amigos al oír ciertas palabras que un viajero dirigía a una joven, la cual, sonrojándose, cambiaba de sitio al lado de ellos, y como el aludido siguiera importunándola, Paquito no pudo contenerse, diciéndole:

—Caballero, haría usted bien no molestando a la joven.

—¿Le importa mucho?

—Usted coarta la libertad de esa joven y hace mal.

—Como usted de meterse donde no le llaman.

—Pues haga el favor de no molestarla; eso le digo.

—¿Y si no me da la gana?

—Llamaré a los guardias civiles.

El insolente, que era un mozo bien fornido, hizo ademán, acercándose, de dar un cachete a Paquito, cuando se sintió el brazo oprimido por la mano de Raimundo, que le decía al mismo tiempo:

—Va usted a promover un escándalo sin motivo.

Intervinieron dos pasajeros más en favor de Paquito y no tuvo la disputa mayores consecuencias. La joven a poco bajó en una estación de tránsito, y los dos amigos cambiaron de coche con el fin de evitar las miradas expresivas de cólera que les lanzaba el insolente viajero.

El tren proseguía devorando kilómetros y los dos amigos seguían comentando el incidente con opinión poco halagadora para la moral de aquellos que en nombre de la libertad coartan la de los demás.

Al fin, veíase la estación del pueblo; en el andén niños y jóvenes empezaron a gritar: «¡Paquito! ¡Paquito!» Y en cuanto éste se apeó, envuelto por sus amigos, tuvo que repartir abrazos y apretones de manos que nunca terminaban. ¡Qué ansias tenían aquellos mozalbetes por conocer la relación de la excursión de Paquito a Barcelona según les había ofrecido por carta! Camino andando, unos y otros



El insolente, que era un mozo bien fornido, hizo ademán acci-
cándose, de dar un cachete a Paquito... (Pág. 46.)

cambiaban impresiones y proyectos con la más franca cordialidad. Supo el jovencito, afectándose mucho, que el tío Nacio había fallecido; por otra parte se alegraba de que el tío Pelandarias hiciera buenas migas con su padre. También con gran satisfacción vió por el camino viñedos que, antes debilitados, tuvieron racimos con poca uva y raquí-tica, y entonces se mostraban fecundos, verdegueando las hojas rebosantes de savia.

Llegaron al pueblo y, con alegría indescriptible, los padres de Paquito abrazaron a su hijo.

—¡Hola! ¡hola!—dijo el joven al visitar los animales del corral de su casa—; las gallinas han aumentado, las cabras también.

—Sí—repuso la madre—, la leche que nos sobra la regalamos a los niños que les hace falta.

—¡ Bien por mis papás!—exclamó Paquito, agregando—: hay que ayudar a los débiles.

Raimundo recibió toda clase de agasajos de los padres de su amigo.

En el día siguiente el explorador hizo las visitas de costumbre a su llegada al pueblo, y al otro día, muy de mañana, emprendió con Raimundo la marcha camino del monte donde éste pensaba encontrar a sus padres adoptivos.

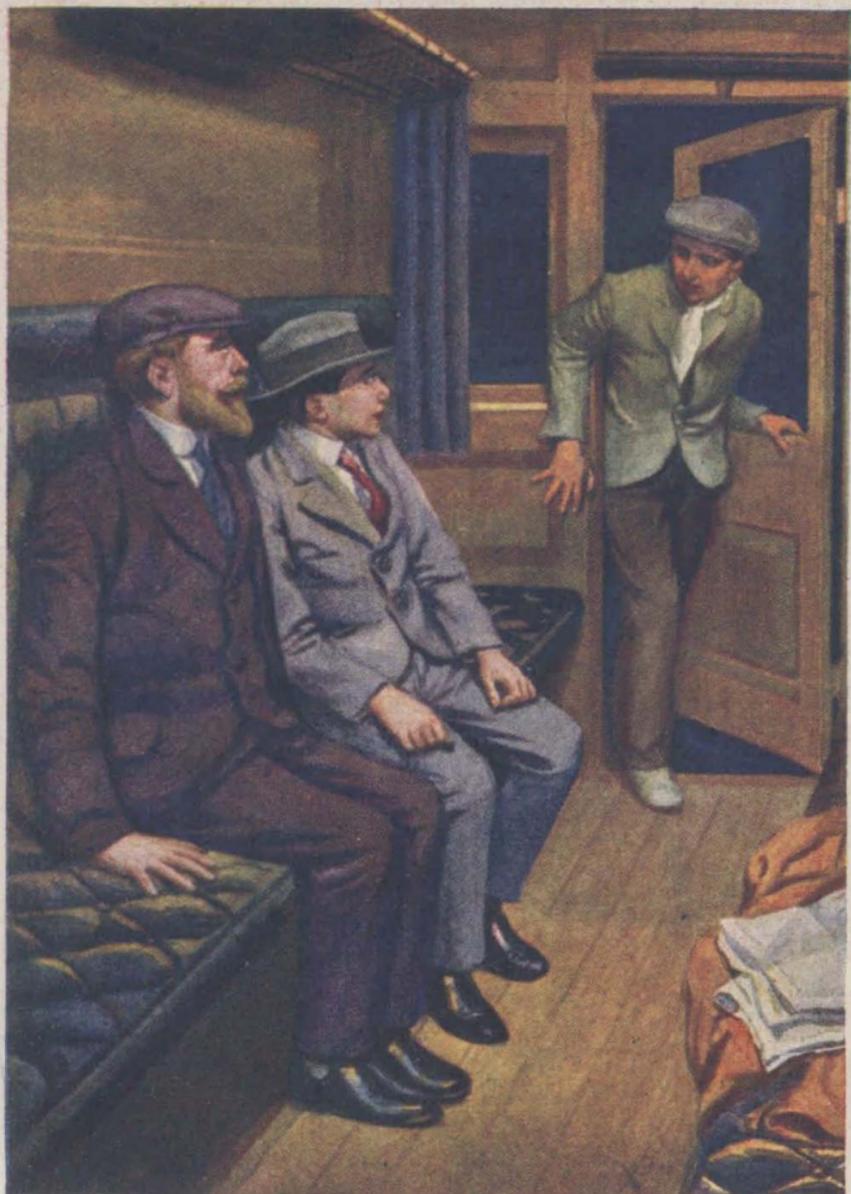
Aquel pilón que había a la salida del pueblo, hizo que Raimundo se detuviera para bendecir la hora en la que, sentado en él, esperó a los exploradores al volver de su excursión.

—¡ Bendita—dijo—sea la Providencia que tal encuentro me proporcionara!

¡ Qué diferente es la misión del explorador a la de los campesinos por falta de educación en la belleza! Aquél todo lo observa, de todo deduce consecuencias, en todo halla un algo revelador, un estudio que hacer, mientras que éstos, los campesinos, no se dan cuenta de las bellezas que les rodean, ni de los bienes que disfrutan. Raimundo había pertenecido a estos últimos; criado en el campo, visitando de continuo el valle y la montaña, no recibía esas gratas sensaciones de los poetas que suelen sentir las con sólo nombrarlas, o bien aquellos, como los exploradores, que se educan en la belleza, la ansían y la buscan.

Raimundo sólo pensaba en los ancianos que él dejó en la casuca desapareciendo un día sin decirles nada. Pensaba colocarles su recolección de plantas a buen precio en la capital y, sobre todo, traerles su ayuda. Llegaron a un recodo de la montaña donde la casuca parecía de lejos una enorme roca desprendida de la cima y aislada.

Al llegar a la misma vieron con disgusto que estaba cerrada. Llamaron repetidas veces y, como nadie contestase, Raimundo dió la vuelta aplicando su oído a la pared donde adosada al muro se hallaba la pesebrera. Nada se oía; entonces determinaron preguntar en unas casas que



...vieron entrar a un sujeto con la cara descompuesta... (Pág. 51.)

PAQUITO.—4

se veían algo distantes. Dijéronles que los viejos con su asno hacía tiempo que pasaron a despedirse y nadie sabía en su éxodo dónde habían ido a parar. Y los dos amigos, retornando al pueblo, pensaban que habían hecho bien los ancianos en acercarse hacia la civilización, que no les dejaría morir de hambre. En aquel desierto el invierno de hoy o de mañana, les habría aterido de frío y quizá matado sin que la caridad extendiese sobre ellos su manto de consuelo.

Cuando los dos amigos entraban en el pueblo el sol estaba en el cenit marcando la hora del mediodía, mientras que en casa de Paquito la comida dispuesta les esperaba para que hicieran sus honores sobre mantel blanco como la nieve y entre caprichosos jarros de flores.

VIII

Paquito ha terminado el bachillerato con satisfacción de sus padres y maestros. Aquéllos, por su constante labor y administrándose sus bienes, habían llegado a una posición que les permitía gastar algo en lo superfluo, pero no lo hacían y lo destinaban para la ilustración de su hijo, que tenía deseos de estudiar la carrera de ingeniero de minas, cuyas aficiones despertaron en él los estudios geológicos que tan de su agrado hiciera en la montaña durante sus vacaciones. Aquellos acantilados en cuyo seno abierto se descubrían las capas margas, calizas, areniscas, rocas, etc., que denotaban las varias épocas por las que la tierra ha atravesado en la formación de sus capas, cuya frente tenía Europa en los Alpes, de donde partían varias cadenas en distintas direcciones, siendo la más importante

la que con el nombre de Pirineos forma la frontera natural entre Francia y España, desde el mar Mediterráneo al Cantábrico. Aquellas transformaciones de las capas de la tierra por el calor y la humedad; el sinnúmero de residuos minerales que entran en la composición de las rocas; aquellos grandes depósitos de la naturaleza formados en las entrañas de la tierra por el elemento ígneo que secretamente elabora las múltiples riquezas codiciadas por los habitantes del planeta, dieron tanto atractivo de investigación al explorador que le indujeron a escoger aquella carrera más en consonancia con sus gustos y aptitudes.

En aquel año, Paquito, durante las vacaciones, tenía el propósito de trasladarse a la vertiente francesa de los Pirineos donde un tío suyo estaba de hotelero en un pueblecito, cuyo nombre no recordamos, cerca de Bagnères-de-Bigorre, cuyas aguas termales tienen poderosas virtudes para la curación de ciertas enfermedades.

El jefe de exploradores del pueblo de Paquito había empezado a reunir en su casa una colección de los insectos de la provincia y tenía la curiosidad de escribir la historia de cada ejemplar comprobando sus particularidades apuntadas en los libros de Buffón y Cuvier. Hemos de decir que Paquito había contribuído mucho a formar la colección citada, aportando, además de algunos ejemplares, valiosos elementos a la historia de los mismos. Quizá los insectos, obedeciendo a la ley de progresión, modificasen sus costumbres. En varias especies de pájaros se ha comprobado el espíritu de imitación: el verderol llega a imitar al canario, y éste al ruiseñor después de larga vecindad, así como los loritos hablan una o más lenguas con mayor perfección que antes. Muchos de dichos animales no poseían o no se habían dado a conocer en las citadas cualidades. Paquito, por su parte, pensaba que todo obedecía a una ley superior que tendía, aunque lentamente, a perfeccionar la materia.

Al saber el jefe de exploradores del pueblo que el jovencito iba a realizar un viaje a los Pirineos, le entraron

ganas de acompañarle para luego dar explicaciones a sus subordinados y, además, porque como explorador, sentía la atracción de lo desconocido. Por lo tanto, con el beneplácito de los padres del explorador, el jefe acompañaría al joven a casa de su tío.

Dos días después el jefe y Paquito tomaban el tren y partían en dirección a Francia por Irún. La noche empezaba a borrar la visión de los fértiles campos; los árboles parecían cruzar con rapidez vertiginosa. A pesar de la sombra, por faltar la luna, en el cielo las estrellas titilaban fulgurantes, denotando viento, aunque día sereno en el siguiente. El coche era de segunda clase y viajaban con relativa comodidad. Recostados en sus asientos dormían, cuando sobresaltados por el abrir y cerrar de la ventanilla estando el tren en marcha, vieron entrar a un sujeto con la cara descompuesta que, escondiéndose debajo de los asientos, dijo a la vez:

—Ustedes perdonen.

Luego llegó el revisor de billetes, taladró los de Paquito y su acompañante y marchóse seguidamente. El desconocido sacó la cabeza y, saliendo de su escondite, dijo, sentándose:

—Voy a Tolosa donde está muriéndose mi pobre madre. Es la primera vez que viajo así; pues lo hago porque un amigo me ha dado la idea, y yo, para llevarle todos mis ahorros...

Paquito y su compañero movieron la cabeza en signo de compasión; pero en aquel instante el mismo revisor asomóse por la ventanilla, y viendo a tres personas donde ha poco sólo viera dos, entró para pedir de nuevo los billetes. El desconocido, por su indumentaria, un obrero, dijo que se le había perdido el suyo. El revisor pretendía que pagase doble desde un largo trayecto. Paquito, viendo asomar lágrimas en los ojos del obrero, dirigióse al revisor, diciéndole:

—Caballero, sería injusto que usted le cobrase desde donde dice, pues acaba de subir al tren.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

—Yo no hgo más que cumplir las ordenanzas.

—Pues yo aseguro a usted, a fe de explorador, que nunca miente, que lo que digo es cierto. Y si usted tiene madre y se estuviera muriendo, sin dinero, ¿no haría usted lo mismo? Pues eso le ocurre a este trabajador.

—Yo no puedo faltar a mi deber, lo más que podría hacer es extenderle un suplemento.

—Enhorabuena—dijo Paquito, sacando un billete de su bolsillo para pagárselo.

El obrero, agradecido, dió las gracias al explorador generoso, y escarmentado por las consecuencias prometió no aprovechar nunca tan mal consejo.

En Tolosa despidióse el obrero repitiendo las gracias y los dos amigos prosiguieron su camino. Ya el tinte de la aurora se extendía en el horizonte como resplandor de llamarada, heraldo del calor que anima a los seres y fecundiza las plantas, creando a la par que absorbiendo los perfumes que las brisas esparcen en el espacio. Por fin, después de contemplar el panorama que ofrecen los montes y campos guipuzcoanos, llegaron a Irún donde cambiaron de tren. Ya muy cerca del mediodía llegaron a la estación de su destino, donde su tío y primos, enterados por carta, les esperaban con el coche de su hotel. Después de los correspondientes abrazos, efusivos apretones de manos, etc., ya cargados los baúles, subieron todos al coche, cuyos caballos arrancaron al galope camino del hotel, estableciéndose durante el corto trayecto una corriente de simpatía que afianzaba más los lazos de parentesco.

Y puesto que Paquito ha pasado por los Pirineos, digamos algo de sus observaciones, aun cuando de la mayoría de mis lectores sean conocidas, pues como los fenómenos se repiten constantemente de igual modo, las observaciones tienen la originalidad en todos los tiempos. De todos es sabido que los Pirineos son en su totalidad los montes más elevados de Europa descontando algunos de la meseta central de los Alpes, pero si bien en éstos por la reverberación del sol en la nieve hace que los turistas los llamen



la región de luz, en los Pirineos también se producen fenómenos distintos de reverberación sumamente curiosos según las distancias en que se coloca el observador. Hay sitios encantadores por la mañana y a mediodía aparecen de una austeridad imponente. En sus valles profundos se animan florecientes pueblos vascos-gascones, cuyos habitantes se cubren con boinas de diversos colores, según puede observarse en los forasteros durante sus periódicas ferias. Todavía en los montes vense a los pastores calzando abarcas y vistiendo con pieles de cordero como si su modo de ser fuera inherente al terreno sin darse cuenta de la civilización que les rodea. Desde el bello puerto de Pajares donde las aguas se dividen entre Bagnères y Barèges, la belleza del paisaje presenta un efecto encantador, fantástico. En aquel sitio la atmósfera tiene refracciones de hermosura inconcebible. Vense bloques enormes, algunos de tres a cuatro mil pies, rocas puntiagudas imposibles de escalar en un círculo de montañas que parecen puntales sosteniendo el bloque inmenso del azulado cielo, oyéndose el

imponente rumor de una gigantesca cascada que mide más de mil doscientos pies de altura.

Los innumerables manantiales de aguas termales que brotan del seno de los Pirineos, hacen creer en la existencia del factor ígneo que en el corazón de los gigantes de piedra va elaborando los gérmenes de vida y templa la sed de la tierra en sus inmensos depósitos de agua expulsando el calor sobrante del régimen de su economía por las grietas que se abren ellos mismos como sangrías a flor de suelo.

IX

Paquito y el jefe de exploradores de su pueblo proseguían haciendo excursiones en los Pirineos, por sitios donde la vegetación en las laderas hacía encantador el paisaje. En un día esplendoroso, de aurora sonriente, cuando los primeros rayos de sol doraban las crestas de los montes, iban cuesta arriba nuestros exploradores continuando la caza a los insectos y arrancando hermosas florecillas silvestres y a veces solitarias en aquellos parajes. Luego internáronse en un bosque de bejucos y hierbajos de hechicera ensoñación que hacían recordar a Paquito la gruta encantada donde los árboles gemían de dolor a los sentidos del personaje más excelso del delicioso poema de la *Jerusalén Libertada*, cuando no acudían a su mente las poéticas descripciones de Chateaubriand en su *Atala y René*, donde las voces de amor se prodigaban rumorosas como vagos

ecos del infinito. Los árboles tenían sus trastornos, la sangre en sus venas encontrando dificultad en la circulación, invadiendo los tejidos por momentos, producía tumores que reventaban la epidermis haciéndose oír sus crujidos, ésa era la explicación que Paquito hacía mientras iba con su compañero separando las ramas que podían herir sus rostros. El jovencito, que por sus continuas observaciones conocía más que otros muchos los secretos de la Naturaleza, comparaba la vida de la tierra, de las plantas y de los seres, pareciéndole que la vitalidad de los cuerpos obedecía a una misma ley, así se llamase agua, savia o sangre; viendo en sus diversas transformaciones, al contacto con la atmósfera, desarrollarse su vitalidad bajo diferentes aspectos, concordando todos en el movimiento propulsor que agita los átomos, soles y planetas en el espacio, cuya transformación en la modalidad de los cuerpos, la atribuía a Paquito a los mismos componentes de la tierra que extrajo el calor solar a la superficie transformándose en cuerpos diferentes según el complemento de las substancias que lo componen, adquiriendo los cuerpos a su vez el sistema de locomoción que en ellos desarrollaran los gérmenes propulsores en el medio ambiente en que podían desarrollarse, y como los cuerpos, siendo formados de la tierra, de la misma deben nutrirse, por eso decía Paquito, que la madre común elaboraba en su seno continuamente la leche con que alimentaba sus hijos llamados animal, vegetal y mineral. Antes de terminar este párrafo por el que se podría tachar de materialista a nuestro explorador, debemos decir que esas deducciones las hacía sin prejuicio de idea religiosa: sólo escuchaba la mágica voz de la Naturaleza. Los sabios le habían dicho que las leyes matemáticas concordaban con la evolución de los astros y la vida de los seres, por eso él buscaba, tomando por tipo la tierra, la esencia de las cosas, y como la razón del hombre es sumamente limitada como todo lo que deja de ser, reconocía a Dios en la incógnita de la ciencia, punto donde ésta ha de convergir purificando el espíritu a través de las generaciones, punto donde Dios

espera a los hombres purificados por la Ciencia en el Amor y el Bien para unirse a ellos.

Paquito, como todo el que se apreciaba de ser explorador, era amante de los árboles y animales, sobre todo de aquellos que producen sombra y enriquecen el aire de hidrógeno, recrean la vista o producen frutos; de igual modo que de los pájaros cantores que alegran nuestra existencia, y los útiles que facilitan nuestras labores.

Habían llegado nuestros exploradores a un lugar donde había árboles centenarios y notaron que uno de ellos tenía tronchada una rama, digno brazo de robusto cuerpo que se inclinaba hacia la parte del dolor. Quizá pocos días antes un furioso vendaval le había lastimado en su tremenda sacudida. Aquel árbol parecía pedirles socorro con su posición angustiosa. Paquito se llegó a una pequeña granja y se trajo una sierra de agudos dientes, y ayudado por su compañero trepó por el tronco hasta encaramarse en una rama gemela de la tronchada, la cual cortó en redondo operando como un cirujano. El árbol se enderezó en seguida para hacer ver que no sufría más; pero Paquito, no satisfecho aún, tuvo la delicadeza de tapar con su pañuelo la herida. Y cuando bajaba del árbol recibió la grata sorpresa de oír al ruiseñor que, en la copa del mismo, entonaba una estrofa de salud y amor, que a él le parecía una endecha en acción de gracias. La verdad es que el joven se conmovió de tal modo que brotaron de sus ojos unas lagrimitas de ese llanto de gozo del manantial de la bondad que el Creador suele regalar a los que ejercen buenas obras.

—En invierno, menos mal; entonces se les corta y no sufren—dijo Paquito.

—Como que están aletargados de igual modo que nosotros cuando dormimos—replicó su compañero.

—Así lo creo—prosiguió diciendo Paquito—; en cuanto a la materia, estamos bien informados: sabemos que nada se pierde.

Y mientras discurrían perdiéndose en el intrincado laberinto de la filosofía, llegaron a un desfiladero lóbrego, im-



Paquito se llegó a una granja y se trajo una sierra de agudos dientes... (Pág. 56.)

ponente: por bajo gruñían las aguas de diversos manantiales al chocar para transformarse en cascada, y allá, en el fondo, el valle cuyas aguas lamían el acantilado de pórfito y granito. ¡Qué delicioso espectáculo! ¡Qué secretos encierran las montañas! ¡Qué imponentes son los rumores que se producen en las cavernas ocultas en las entrañas de las mismas! Aquellos senos de grande altura y volumen que amamantan la tierra, en los que se elaboran sedimentos de vida, donde se detienen las nieves y se conservan como depósitos de hulla blanca que recogen los vientos calientes y los rayos solares para repartirla por la tierra y fecundizarla, son también como manos que manipulan los elementos para su mejor reparto; ellos son los que detienen a los vientos locuelos en su impetuosa furia. ¿A qué ley obedecen esos montes con tanta profusión repartidos sino a la necesidad de las condiciones de la vida de la tie-

rra como los brazos en nuestro cuerpo, las aletas en los peces y las alas en las aves?

En aquel sitio vió Paquito que uno de los árboles más altos estaba invadido por la trepadora hiedra, y pensó en los débiles que necesitan de la protección de los fuertes y comprendió la ley de sucesión en que las energías se reproducen en los sumandos.

No pudieron ver los osos de los Pirineos de color pardo. Quizá la vecindad de los caseríos, quizá la caza que de ellos se ha hecho, los tenía alejados de toda huella humana.

Hemos de decir que mientras el jovencito atrapaba insectos, el jefe de exploradores iba metiéndolos en una jaula y tenía ya gran cantidad de ellos cuando iban de regreso; sobre todo dos ejemplares de mariposas gigantes, cuyas purpúreas alas tenían dibujo y tonalidad maravillosos.

En un manantial de agua caliente a 75° pudieron observar que todos los objetos que echaban en el agua quedaban petrificados. Y también este fenómeno le traía a la mente de Paquito aquel período antediluviano de la edad de fuego que en la atmósfera más fría debió elaborar la corteza de la tierra.

El futuro ingeniero de minas tenía en su haber un espíritu de investigación que seguramente debió de servirle cuando más tarde en estudios superiores lo cotejara con la ciencia que nos legan las pasadas generaciones.

Si bien todos estos razonamientos que los Pirineos le sugirieron al joven eran bastante complicados, tenían suficiente amenidad para sus compañeros del pueblo que se deleitaron no solamente con las disquisiciones filosóficas, para ellos novedad, sino también por la descripción de los paisajes pirinaicos que más que descritos deben verse; porque la pluma no puede hacer sentir el lenguaje que nos habla en aquellos sitios, en nombre de Dios, la Naturaleza.

X

Entre los niños exploradores de la capital, se proyectaba un viaje a la *ciudad encantada* que existe en la provincia de Cuenca y que decían ser una maravilla muy notable, que apenas los españoles conocían más que por referencias. Paquito era uno de los que debían formar parte de la expedición, y estaba encargado con otros compañeros de presentarse en comisión para invitar a la misma a su antiguo profesor de Historia natural, don Ruperto. Los comisionados exploradores, todos muy limpios, con aseo digno de admirarse, presentáronse en el domicilio del citado profesor, quien, al verles en tan buena compostura, animados y sonrientes, sintió por ellos simpatía, aunque la institución de Exploradores por sí sola ya lo mereciera. Prometiéndoles acompañarles con otros alumnos suyos que pedirían autorización a sus padres.

Era en un día de los primeros de julio, muy temprano, cuando cinco automóviles, llevando con don Ruperto varios estudiantes y exploradores, emprendían la marcha camino de la *ciudad encantada*. No tardaron muchas horas en llegar, y poco antes de entrar en la misma, que se hallaba en un alto dominando la carretera, el guía que tomaron en el pueblo más inmediato aconsejó que bajaran de los automóviles para dirigirse a pie y poder admirar detalladamente sus bellezas. En efecto, sobre el acantilado que tenían a su izquierda, veíanse las inmensas moles erguirse capri-

chosamente, comunicando el deseo en los visitantes de llegar a su presencia. En la derecha veíanse tres brazos de agua que, separándose de una cascada, se perdían por una pradera floreciente y pintoresca. Parecían riachuelos de plata líquida que llevaban la riqueza a los campos, en los cuales el sol se reflejaba esplendorosamente, hiriendo la vista sus rayos de luz.

La entrada de la ciudad ofrecía un panorama fantástico muy otro que las ruinas de las ciudades griegas o romanas que ponen a nuestra consideración la historia y las artes, mientras que en la *ciudad encantada* nos vemos frente a la misma naturaleza y juzgamos el poder de los elementos a través de épocas muy remotas. Ciudad laberíntica, de calles angostas y desiguales, formadas por la acción de las aguas socavando los cimientos de las rocas con el flujo y reflujo del inmenso mar en edades prehistóricas. Muchas cavernas derruidas, cuyos techos se habían desplomado, formaban la mayor parte de los callejones. Lo más admirable eran las inmensas moles aisladas de quince metros y más de altura que permanecían de pie sobre su base endeble con equilibrio maravilloso.

Recorrer la ciudad sin un guía pretendiendo verlo todo, hubiera sido punto menos que imposible. Muchas de las rocas aisladas hacían recordar con su dibujo a varios animales antediluvianos, grotescamente labrados por el cincel de los elementos. Un puente natural formaba con sus puntales una sola pieza; una roca gigante surgía de la tierra culebreándose como llamarada de fuego petrificada; más lejos una calle angosta, cortada a pico, apenas dejaba paso a un hombre. Las tierras que forman la base de casi todas las rocas se desmoronan poco a poco durante las lluvias, y no sería extraño que un día menos pensado un ciclón apesure la obra del tiempo y no deje vestigios de lo que por ley de renovación debe caducar.

En los acantilados se destacan las capas margas, arcillosas y calizas; y es maravilloso ver las rocas fundidas por la Naturaleza sobre cimientos tan poco endurecidos. Los

diversos ensayos hechos, según el profesor que acompañaba a los excursionistas, sobre la composición de las rocas, habían dado por resultado el conocimiento de varias materias minerales por hoy desconocidas; debían ser residuos de otros montes vecinos que las aguas transportaron entrando a formar parte de la composición de aquellas costras cuando la ciudad en el mar no sería más que un pequeño montículo a flor de agua. La geología de las rocas explicada por el profesor era interesante; y Paquito, aficionado al estudio de las ciencias naturales, escuchaba con verdadera atención al mismo tiempo que hacía sus observaciones sobre el terreno, lo mismo de su estructura física que del proceso de sus transformaciones. Remontábase en su pensamiento a las primeras edades de la tierra desde la formación de la primera capa terrestre hasta los posteriores endurecimientos de la costra. Pensaba en la sublime alquimia que, uniendo ácidos y materias, daba vida a los minerales. Reflexionaba sobre el centro ígneo de la tierra que, como acumulador de energía, elaboraba sus potentes vibraciones para ejercer ese poder de atracción que a ella nos tiene sujetos.

Como todos los turistas que suelen visitar la *ciudad encantada*, salieron entonces de ella los excursionistas admirados, pensando en las maravillas que tiene España y que por falta de fomento en el turismo no producían apenas rendimiento al patrimonio nacional. Allí no faltaba la vegetación: árboles centenarios eran dignos por su estructura de aquella ciudad de gigantes rocosos. Pájaros en bandadas levantaban el vuelo, y miles de salamandras y dragoncillos, unos trepando y otros escondiéndose por las grietas de las rocas, animaban aquella ciudad durmiente y fantástica. Horror le causaba a Paquito al pensar lo que podría pasarle si en aquellos lugares, siendo para él desconocidos, tuviera que despertar a media noche en el silencio y la claridad de la luna viendo aquellas caras de monstruos talladas en las rocas y las enormes siluetas inmóviles unas y cimbreándose las otras.

Los excursionistas salieron de la *ciudad encantada* en busca de sus automóviles, llevando en su mente la visión gráfica gratisima y maravillosa de la misma. Y en su vuelta a la capital, cada uno iba comentando las impresiones recibidas. Paquito, que estaba al lado del guía, preguntó a éste si nadie había habitado en la ciudad, a lo que contestó diciendo que si dejaban de hablar prestándole atención con el fin de distraerles y hacerles más conlevadero el trayecto contaría una historia. Callaron todos, y el guía empezó, diciendo :

—Aquí, en la carretera, cerca de ese laberinto de rocas y grutas quebradas, hace mucho tiempo, habitaba una familia compuesta de un matrimonio y cuatro hijos, entre éstos una joven de belleza encantadora y de corazón virginal. Todos se ocupaban en la labor del campo cuando no servían de guía a los pocos turistas que visitaban la *ciudad encantada*. Era en tiempo en que muchas cavernas permanecían de pie. Un día en que la labor del campo reclamaba el esfuerzo de toda la familia, Berta, que así se llamaba la joven, se ocupaba sola en los quehaceres de la casa, cuando llamóle la atención las pisadas de un caballo. Salió a la puerta y vió que un jinete joven, montado sobre hermoso alazán, se dirigía hacia ella. Tiñéronse sus mejillas del más puro carmín. El jinete pidió agua, y Berta, cortésmente, hundió el cubo en el pozo diciéndole que se la podía ofrecer muy fresca ; y en efecto, cuando se la sirvió en un vaso o jarro, según lo que usaran entonces, el joven, satisfecho, dióle las gracias, preguntándole si había alguien que le sirviera de guía. Berta, que por la sombra que proyectaba un olmo, cerca de su casa, vió que era temprano y el caballero le inspiraba confianza, díjole que ella misma podía acompañarle, porque sus hermanos tardarían mucho ; entonces el joven ató al caballo por la brida en un árbol y cediéndole la derecha a Berta, dirigieronse por la carretera a la *ciudad encantada*. Mientras caminaban, a la joven, poco acostumbrada a escuchar a personas instruidas, es probable que le supieran a miel las palabras

que el joven le dijera entonces, haciendo suponer que estuviese enamorado, de otro modo el caballero no se hubiera permitido darla un beso cuando ella quiso retroceder y tropezando en uno de los gigantes de piedra, éste hizo un movimiento, perdió el equilibrio y, derrumbándose, atrapó a los enamorados bajo su cuerpo. En el momento en que la mole se aplastaba, el caballo debió relinchar y romper la brida yéndose al encuentro de su dueño, pero, no hallándolo, se escondería en las cavernas donde más tarde lo encontraron. Cuando los padres y hermanos vieron entornada la puerta de su casa, y que llamándola, Berta no respondía, recorrieron la ciudad llamándola a voces. Pasaron días, y el padre murió de pesar. Después, dos de los hermanos cedieron sus partes al mayor y emigraron. Llegó el turno a la madre de no poder soportar la pérdida de su marido e hija y falleció también. Allí permaneció solo el último vástago de aquella familia; tenía allí su hacienda, su fortuna y no podía decidirse a abandonar su casa. Sin embargo, llegó un día, al caer de la tarde, en que sobresaltado tuvo miedo; le pareció oír la voz de su hermana y enfermó, sin que desde aquel instante dejara de percibir la misma voz, y como nadie le cuidara, empeoró de tal modo, que murió en su lecho sin socorro de nadie. Algunos dicen que el rumor, que le parecieron voces al llegar la noche, debió ser el de esa cascada que habéis visto en la carretera, que se produjera entonces, o bien una alucinación de su espíritu.

Paquito hizo resaltar de qué modo un desliz en la moral de nuestras conciencias puede acarrear tan funestos resultados.

El guía, a poco, despidióse de los excursionistas, dejándolos al llegar a su pueblo; cuatro horas después los mismos llegaban a la capital encantados de su excursión.

XI

Paquito, en la época que le volvemos a encontrar, cursaba en Madrid la carrera de ingeniero de minas. Y como solamente le conocemos en sus manifestaciones referentes a su condición de explorador, a cuya institución no había dejado de pertenecer, no le seguimos en el rumbo de sus ideas, sino solamente en aquello de que hacemos referencia y es objeto de nuestro trabajito. Desde ha mucho tiempo tenía el joven estudiante el deseo de hacer una excursión a los Alpes, de los que oyera maravillas y a él aún le quedaba la impresión de los diversos panoramas que le ofrecieran los Pirineos durante las vacaciones hacía poco tiempo. Sus padres, con las mismas necesidades de vida, acrecentaban más el ahorro, aumentando la fortuna, y podían sin esfuerzo, atender a la carrera de su hijo y aun con holgura mandarle, aparte, algunas cantidades para sus menudos gastos; pero el joven en el año ese, tenaz y perseverante, procuró hacer economías, privándose de pequeñas satisfacciones que suelen tornarse en costumbre y no sirven más que para cargar el presupuesto, con el fin de gozar de aquella satisfacción de llegarse al corazón de Europa y recibir deliciosas sensaciones que sólo los amantes de la belleza reciben con toda su intensidad.

Llegaron las vacaciones y Paquito tomó el tren para



Salió a la puerta y vió que un jinete joven, montado sobre hermoso alazán... (Pág. 62.)
PAQUITO.—5

marchar a su pueblo, donde fué recibido con las muestras de cariño de siempre, tanto de parte de sus padres como de otros parientes, amigos y conocidos. Pocos días después, todo el pueblo estaba enterado de que el estudiante se disponía a marchar al extranjero. Todos lo sintieron mucho, si bien les quedaba el consuelo de poder oír el relato del viaje a su vuelta, y que el joven solía hacerles con los más mínimos detalles.

Salió el futuro ingeniero de su pueblo en dirección a Barcelona, donde estuvo dos días, y prosiguiendo su viaje hasta llegar a los Alpes Marítimos, visitó en el tiempo de un mes las poblaciones de Perpiñán, Cette, ciudad atravesada por canales, donde antes del tratado de 1892 fuera emporio de riqueza para los traficantes en vinos españoles, y entonces parecióle a Paquito una ciudad muerta; luego pasó a Montpellier, atraído por su famosa Universidad, y allí aprendió que los montpellerenses fueron los primeros que dieron la receta del empleo de las claras de huevos para clarificar los vinos mucho antes que se emplearan las colas de pescado más económicas para el mismo objeto. Pasó luego a Marsella, y durante el trayecto trabó conocimiento con un anciano que le dijo ser un curandero que residía en el monte Alisia, lugar donde se erguía la estatua del famoso caudillo galo, Virgintorix, que sucumbió defendiendo la ciudad del mismo nombre al ser saqueada y vencida por las tropas de César después de una resistencia desesperada. Díjole que su especialidad consistía en la curación de la hidropesía, no empleando otra cosa para curarla que la tisana de la flor *reine du pré* (reina de los prados), pero que él tenía casi la completa seguridad de que la curación era más debida al lugar de residencia que a la tisana, pues, en efecto, era uno de los montes más elevados y solitarios del Mediodía de Francia. En Marsella recorrió las principales calles y el puerto, subió en el funicular visitando a Nuestra Señora de la Guardia, y cinco días después dirigióse a Tolón, en cuyo puerto de guerra estaba verificando maniobras el completo de la escuadra francesa del

Mediterráneo, la cual Paquito tenía deseos de ver, como también el astillero de la Ciotte, en donde estaban construyendo un buque. Prosiguiendo su viaje se detuvo unos dos o tres días en cada uno de los pueblos de la costa azul: Hyeres, San Rafael y Cannes, pasando a Grasse, pueblo menos importante y sin embargo de reputación mundial por sus esencias de flores, rodeado de inmensas plantaciones de las mismas, que embalsaman el aire hasta la costa; de allí pasó a Niza, donde estuvo dos días visitando lo más digno de verse, paseándose en las tardes por el Paseo de los Ingleses en el rompeolas, y por la noche yendo al hermoso casino construido sobre el mar donde se daban excelentes conciertos. Hemos de decir de paso que frente a la estación de Niza, colgado al muro, en las casas de enfrente, veíase con horror un cuadro representando uno de esos dramas del juego que tienen por epílogo el suicidio y la miseria de toda una familia indefensa y puesta en el camino de las grandes desdichas; por eso nuestro joven, aunque su temple de alma no era el de los impotentes, no quiso ir a Montecarlo, y se trasladó a Menton, en cuyo pueblo tomó un guía que había viajado mucho por los Alpes y de cuya honradez respondía el hotelero; y dispuesto todo para realizar largas caminatas, emprendieron la marcha por los Apenninos. Ya en las primeras horas de marcha pudo notar Paquito, aleccionado por su guía, que los fuertes que Francia tiene establecidos en algunas cimas de aquellos montes de su frontera se diferenciaban mucho de los de España, pues a no ser por el guía no los hubiese podido distinguir. La vegetación era intensa. Allí la flora en nada se diferenciaba de la de los Pirineos. Las montañas eran menos abruptas y más redondeadas. Escasamente se veían nieves en algunos picos, siendo en los primeros días de agosto. La grandiosidad de los panoramas le era tan familiarmente conocida que ya no producían en él la misma emoción, y por eso determinó, utilizando vehículos que transitaban por aquellas bien construídas carreteras, trasladarse de pueblo en pueblo, a la meseta central, donde al cabo de ocho días lle-

garon. Su guía estuvo en lo cierto al decirle que la Naturaleza cambiaba de aspecto. Allí se sentía más frescura; rumorosos manantiales brotaban aquí y acullá bajando sus aguas cristalinas a confundirse en las corrientes de los valles que lamen con frecuencia preciosas vegas. Hay pueblecillos como Anot en los Alpes marítimos que por su situación topográfica, medios de riego y deliciosa temperatura, están llamados a ser centros de colonias veraniegas. Porque allí, más que en otros puntos, puede encontrar el abrumado cerebro la calma y el bienestar envueltos en la poesía del infinito.

Pero sigamos al guía del joven que, más experto que nosotros, iba enterándole de los fenómenos que se observaban en las distintas épocas del año. El guía empezó diciendo que por allí, al llegar la primavera, pasaban, en dirección a Holanda, bandadas de pájaros procedentes de Túnez y de Egipto. Las golondrinas lo hacían a primeros de abril, época en la que empieza a abundar su cosecha de moscas y moscardones, que es de lo que casi exclusivamente se mantienen. A mediados del mismo mes pasaban los pájaros cantores. Pero, decía, muchos de ellos, guiados por su peculiar instinto, lo hacían de noche para librarse de los pajarracos que les acechan, muriendo muchos de ellos a causa del frío por no poder remontarse a alturas de 9.000 a 10.000 pies, contribuyendo mucho el cansancio y los embates de los vientos en las furiosas tormentas que allí suelen desatarse.

Los Alpes, en la época que los recorrían Paquito y su guía, gozaban de su flora peculiar. Hacía poco que los vientos africanos habían derretido casi toda la nieve convirtiéndola en sonoros manantiales como ya hemos dicho. Sobre la falda y en la misma base de la montaña veíanse enormes peñascos aislados que bajaron patinando sobre la nieve cuando los bloques níveos empiezan a deshacerse. Al llegar a una altura donde las nieves suelen reinar durante nueve meses del año, el guía señaló una florecilla desconocida del estudiante, diciendo que solía vivir de cinco a seis

semanas que necesita para nacer, crecer, desarrollarse y morir, cuya semilla queda sepultada bajo las nieves para el año siguiente volver a reproducirse en las mismas condiciones. El joven pudo ver en aquellos parajes el laurel de color lila, cuyo perfume se siente suave y penetrante, la orquídea pálida y delicada, la genciana azul y otras cuyos nombres no recuerdo; pero hizo observar que todas ellas, para conservar su existencia, o bien no desarrollan mucho su tallo cubriéndose de hojas para resguardarse del viento, o bien se abren o se cierran según la temperatura; algunas de ellas parecían salir vestidas ya de la misma tierra. Diríase, expresión del guía, que las flores que necesitan agua van al encuentro de ella, como otras del calor o de la luz.

En muchos sitios la ascensión se hacía difícil, pero Paquito tenía su férrea voluntad, que es la materia prima de los exploradores, y unas veces solo, otras atado por el cuerpo a su guía, escalaba los picachos cubiertos de nieve, virgen de toda huella humana, aun cuando no fueran tan elevados como los de Chamonix o Montblanch. Su mirada, como la del águila cerniéndose en las nubes, se extendía a lo lejos cuando no la bajaba hacia la profundidad de los valles, sin sentir el vértigo de las alturas.

Llegaron a la vertiente opuesta de una de las montañas gemelas del Simplón. A lo lejos veíanse verdes laderas bañadas de luz, producida por la refracción de los rayos solares en los lagos vecinos. Eran los Alpes suizos y Paquito presentía sus bellezas. Veía en su imaginación aquellos lagos rodeados de pueblos pintorescos como Menaggio, Porteza y Lugano, sobre todo este último, al que suelen llegar millares de turistas en los meses de abril y mayo poblando los numerosos chalets construidos entre una vegetación exuberante. Le parecía ver aquellos vaporcitos de ruedas cruzando por el lago Como e imaginábase la fantástica sombra de los mismos por la noche reflejándose con sus numerosas luces en las transparentes aguas. Su guía habíale instruído durante el trayecto en todo lo referente a montañas y lagos de Suiza, y desde la posición que estaban

le iba señalando uno por uno los picachos de las montañas que conocía.

No es posible comunicar las sensaciones que el joven recibió en aquellas alturas, si bien su espíritu percibía las misteriosas voces de las montañas. Pernoctó algunos días en hoteles frecuentados por turistas durante su estancia por los Alpes, luego se trasladó con su guía a Grenoble, y, hecho efectivo un cheque que su padre le había dirigido, pagó lo estipulado a su cicerone, que regresó a Menton, y después de visitar a la segunda capital francesa, retornó a su hogar, encantado de su excursión.

XII

Uno de los más grandes acontecimientos de los pueblos es la dignificación de los mismos, por sus propios hijos, tal le ocurría al pueblo de Paquito, donde ya le llamaban don Francisco Segura, distinguido ingeniero de minas al servicio del Estado, quien, por invitación del alcalde y Ayuntamiento de su pueblo, hacía su entrada triunfal en el mismo. Los niños exploradores le habían proclamado tiempo hacía su presidente de honor, y con todos los honores recibieronle a su llegada.

Don Francisco, que había pasado todos los años de su primera juventud consagrándose al desarrollo de todas las cualidades físicas y morales, sabía lo provechoso que había sido su modo de sentir y de pensar que siempre susten-

tó gracias a la sana influencia que habían ejercido en él los preceptos de la institución de los Exploradores de España.

En el día siguiente de su llegada, hubo en honor del ingeniero una jira campestre a la que asistieron todos los exploradores con sus respectivas familias y todos los funcionarios públicos. Un día después, en el salón de actos del Ayuntamiento, por la noche, don Francisco Segura dió una conferencia sobre la *Influencia de la institución de los Exploradores de España en las nuevas generaciones*. Y como sea que consideramos interesante la disertación acerca del tema, hemos creído conveniente hacer un extracto de la citada conferencia.

Empezó don Francisco haciendo historia de la institución de Exploradores de Europa, su rapidísimo desarrollo en la misma y las ventajas que se experimentaban en los mismos exploradores sobre los demás. Dijo que el hombre, para formarse en grado perfecto, necesitaba una disciplina moral en su primera infancia, y como los seres humanos tienen más desarrollado el espíritu de imitación, era necesario apartarle de los malos ejemplos y encauzarle por el camino de la moral cívica educando su conciencia y voluntad en sanos preceptos que puedan formar hombres conscientes y en todos los órdenes de la vida buenos ciudadanos, probos, inteligentes, sociables y fieles a las instituciones del bien común, sin necesidad de ser espoleados por leyes opresoras para cumplir sus sacratísimos deberes; para tales fines, decía don Francisco, sirve la institución de Exploradores de España. Prosiguió diciendo que por el mal ejemplo desviábanse preciosas orientaciones que dieron los sabios interpretándolas a su antojo los educados en el egoísmo y ambiciones inmorales, deteniendo la corriente del progreso que tiende a hermostear la vida humana desterrando todo pecado de la concupiscencia que suele hacer la vida tenebrosa para muchos desgraciados que, llegando a la vida dotados de lo necesario para su desarrollo, se ven privados de esa dote, por naturaleza inalienable, sin amparo de las leyes que deben intervenir en toda sociedad cons-

ciente, no sólo por su deber de amparar a los débiles, sino, además, por instinto de conservación; pues las sociedades que no hacen previos desembolsos de energía no pueden acumular mayores rendimientos de las mismas, como ocurre con la semilla en el campo, los peces en el acuario y todo, todo lo que evoluciona: sea espíritu o materia. Dijo también que los hombres deben ser tolerantes con las ideas y obras de sus semejantes, con el fin de amortiguar la violencia en los choques tan inevitables como necesarios para producir luz en las ideas, fortalecer nuestros cuerpos y templar nuestro espíritu por razón de economía universal como chocan las nubes contrarias para impregnar la atmósfera de electricidad y brotan los volcanes para facilitar la respiración del coloso terrestre.

Después de pasar la mano por su frente como si quisiera detener la corriente de un caudal de ideas que amenazaban desbordarse del cauce de su conferencia, dijo que la Sociedad de Exploradores de España no hacía más que sumarse al ejemplo de los pueblos progresivos, asimilándose aquello que es bien común, aplicable a todas las razas, a todos los climas, a todos los pueblos, como era el desarrollo físico y espiritual más conveniente al tipo superior del hombre. Agregó que sólo los hombres buenos, sabios e inteligentes, a la vez, podían conducir los pueblos hacia la felicidad; que había que reformar las costumbres y orientar a la primera infancia en el gusto de la belleza, desarrollando todas sus buenas condiciones, prestándole apoyo a fin de obtener, más tarde, el máximo de rendimiento para sostener el progreso y llevarlo hacia adelante. Las leyes de los pueblos nunca serán eficaces donde los individuos necesitan conocerlas y sólo las conocen al caer bajo la sanción de las mismas. Dijo que el ser que viene a la vida parece que nos pide el verdadero camino de ella, y como nosotros no lo entendemos no obtiene respuesta y obra según su instinto; en los albores de su razón parece que obtiene la respuesta con el ejemplo de los demás y lo sigue. Por eso es necesario responderles sabiamente y separarle de lo

malo haciéndole tomar el gusto de lo bueno entreteniéndolo su maravillosa actividad en recreos que desarrollen su cuerpo y desalojen de las brumas del cerebro toda idea peligrosa.

Hemos de decir que todas estas cosas, que don Francisco decía con calor, producían en su auditorio el mismo efecto que la escena de una comedia que a pesar de estar viviéndola sólo advertimos su realidad cuando la vemos representada y nos reconocemos en ella.

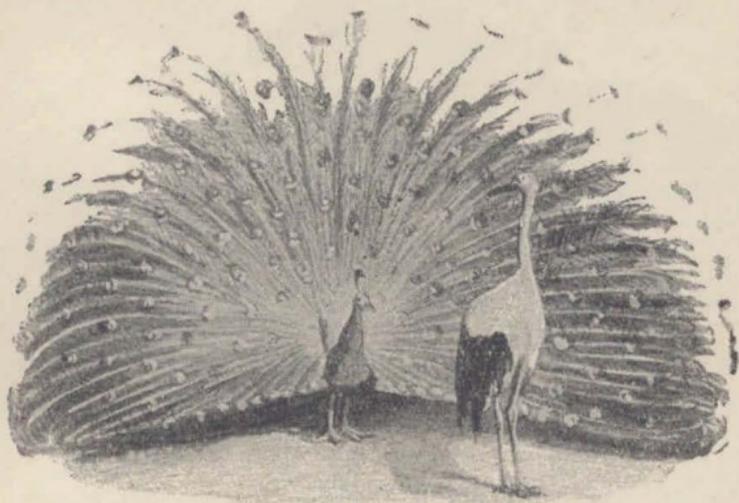
El ingeniero terminó su discurso, diciendo que los Exploradores de España saben cuál es su misión, pues soamente guiándose por los preceptos de su Código tendrán muchas satisfacciones cumplidas; y difícil sería obtener reformas altamente sociales si en el espíritu de los hombres no reinasen ansias de justicia, de amor y de paz.

Terminado su discurso, fué, como en todos esos actos, felicitado por muchos concurrentes, y sobre todo por el anciano tío Pelandarias, que acababa de felicitar a su padre diciéndole que tenía un hijo que honraba al pueblo.

FIN

El Pavo real y la Grulla

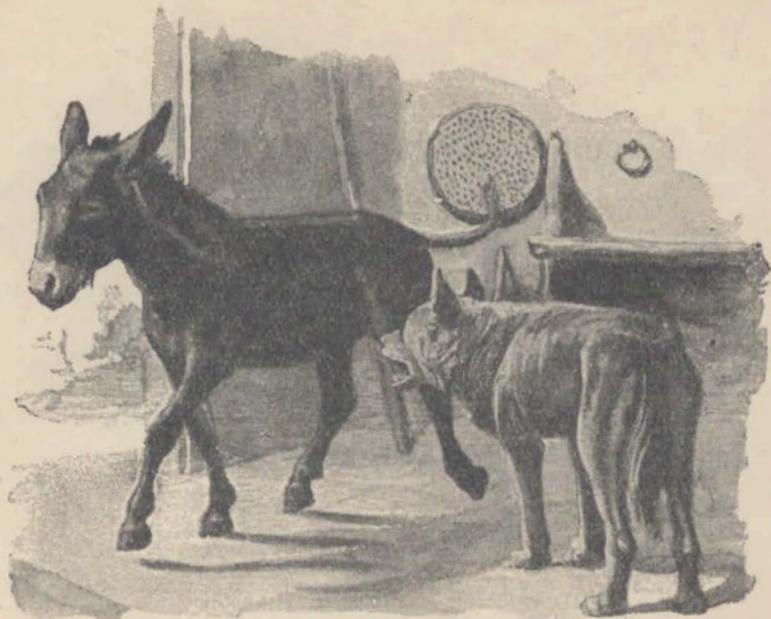
Convidó el pavo a comer a la grulla, y de sobremesa hablaron de las prendas y cualidades de que uno y otra estaban adornados. El pavo extendió en abanico su magnífica cola y dijo: «¿No ves qué espléndido plumaje? Ni las piedras preciosas lo igualan en brillantez y colorido.» La grulla respondió: «En verdad confieso que eres un ave mucho más hermosa que yo; pero si tus plumas son más



vistasas que las mías, no te sirven para volar; y en cambio yo, con estas plumas grises y sin brillo, puedo volar hasta las nubes y ver bajo mis ojos las maravillas del mundo.»

No siempre las cualidades, al parecer más brillantes, son las más útiles, ni hemos de menospreciar a nadie, porque cada cual tiene alguna prenda de carácter.

SAMANIEGO.

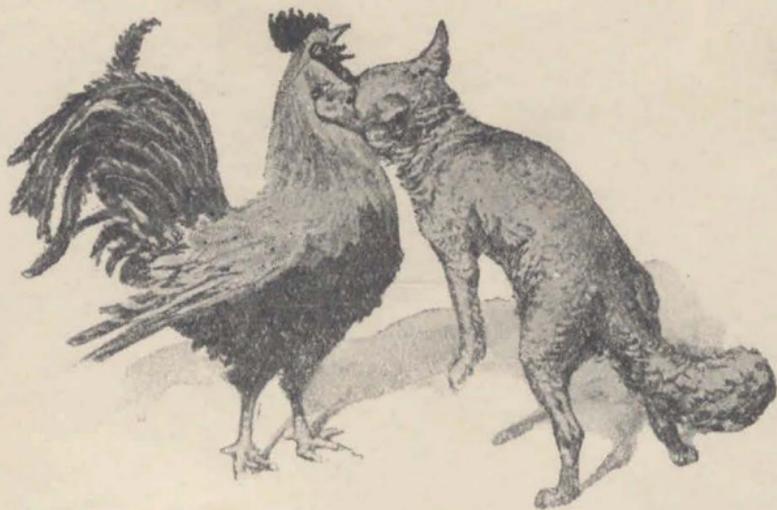


El Asno y el Lobo

Estaba el asno enfermo, y fué a visitarle el lobo, fingiendo interesarse mucho por su salud. Al verle en cama, le tocó y palpó todo el cuerpo, preguntándole en dónde le dolía más. El asno, que conoció la mala intención del lobo, le dijo: «Me duelen mucho más los sitios en donde me tocas.» Y sin añadir palabra se levantó de la cama, huyendo de la presencia del lobo.

Nunca se ha de confiar en los halagos y atenciones de las gentes egoístas y malévolas.

Esopo.



La Zorra y el Gallo

Una zorra que tenía tanta hambre como astucia, pasó por delante de un gallinero, y al ver al gallo, le dijo: «¿Cómo te va, amiguito gallo? Vengo a verte porque conocí mucho a tu papá y quisiera saber si tienes tan hermosa voz como él, cuyo canto era el encanto de toda la comarca. ¿Por qué no cantas un poco? Me parece que has de cantar mejor todavía que tu papá.» El gallo, engreído por las alabanzas de la zorra, lanzó al aire un sonoro quiquiriquí cerrando los ojos para dar las notas más altas. Entonces la zorra saltó sobre él y echó a correr llevándose en la boca. La dueña del gallinero salió escapada en persecución de la ladrona, gritando: «No te lleses el gallo, que es mío.» El gallo le dijo entonces a la zorra: «¿No oyes lo que dice esa mujer? ¿Por qué no la desmientes? Dile que no soy suyo sino tuyo.» La zorra, a pesar de su astucia, soltó al gallo de la boca para responder que era suyo y muy suyo. Mientras tanto el gallo voló a la rama de un árbol, desde donde exclamó: «Mientes, zorra embustera, que no soy tuyo, sino de mi ama.»

El que habla imprudentemente no tarda en arrepentirse de sus palabras, y así es preciso pensar mucho lo que se ha de decir.

ESOPHO.

BIBLIOTECA SELECTA

VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen (tomo 1.º).
11. Cuentos de Andersen (tomo 2.º).
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales.
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales.
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Angel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo.
39. Una ciudad flotante (primera parte).
40. Una ciudad flotante (segunda parte).
41. Miguel Strogoff (1.ª parte)
42. Miguel Strogoff (2.ª parte).
43. Las Indias negras (1.ª parte).
44. Las Indias negras (2.ª parte).
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma.—El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolin.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.